

libro la ciegucecita

1992

GALERIA DRAMATICA

Y

GENTRO DE ADMINISTRACION,

COMPRENDIENDO

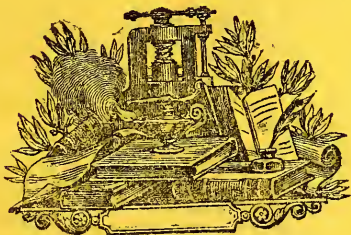
LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ESPAÑOL Y ESTRANGERO.

DE

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid.

Editor propietario M. P. Delgado.

CALLE DE JESUS Y MARIA, N.º 4.

CATÁLOGO DE LAS OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE ESTA GALERÍA,
publicadas hasta 4.º de Enero de 1876.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar e Acción de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra ca. Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecho pe- fonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestado.— de Teruel.—Ambición.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—Amor cría demadre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—Amor agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apoteosis ron.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A río revuelto.—Arte de conspirar hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cob mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa.—Arte por el Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.—Antaño y ogaño.—Acuerdo municipi dujar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárba berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América li tuecas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borrasc razon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual e zon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de S. Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárlos frin.—Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamien- toche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casualida talina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la ciegucecita.—Celos.— fundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revoluciona bradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint-Cyr.—Colon y el judío e Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde don Julia racion de Piesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan y e Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, 1.º part del Buen Retiro, 2.º parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesanos de don Juan II.—Crisol de la Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwell.—Cruz de oro.—C acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las a Cuñada.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.—Caja de plata.—Corazon y ro.—Celos de Mateo, zarzuela.—Calderon.—Carta y guarda pelo.—Centicienta.—C Ubeda.—Cortesanos de chaqueta.—Cuadros al fresco.—Ciavo ardiendo.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—D do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor Cojuelo.—Día mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios l ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces.—Dómine consejero.—Don Alvar na.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequa Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don uorio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dine Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña María na.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casaderas.— tores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres par ja.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunales.—D compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.—Dote de Maria.—Dio sin palo.—Duende del meson, zarzuela.—De España á Francia.—D. Quijote.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—E casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—E Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engaña- verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.— ra de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los perio Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles s do.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido pidez y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palacio y en la Escenas del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las amigas.—E de un delito.—En todas partes hay de todo.—Entre dos mundos.—Encapuchado.— dirán y el qué se me da á mí.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada tico por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.— Mairena.—Fernan-Gonzalez, 1.º parte.—Fernan-Gonzalez, 2.º parte.—Finezas contra de Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—Fr de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda. peranza y osadía.

CECILIA LA CIEGUECITA.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

Don Antonio Gil de Zárate.

Este drama ha sido aprobado para su representacion por la Junta de censura de los teatros del Reino en 14 de Julio de 1849.



MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Abril de 1850.

PERSONAS.

ACTORES.

CECILIA, ciega.	Doña Matilde Díez.
GLOTILDE, huérfana.	Doña Teodora Lamadrid.
DON JUAN, abogado.	Don José García Luna.
DON ENRIQUE, su pupilo.	Don Florencio Romea.
RAMON, criado viejo de don Juan.	} Don Antonio de Guzman.
ANTONIO, hermano de Ceci- lia.	
PEDRO, criado.	Don Ignacio Silvostrí.

La escena es en Madrid en el año de 1840.

El teatro representa, en los tres actos, una sala adornada con elegancia. Puerta al foro para las comunicaciones generales: otra á la izquierda del actor que conduce tambien á las habitaciones interiores de la casa. Otra mas chica en el mismo lado hácia el foro, que será la del cuarto de Cecilia. Un balcon á la derecha.

Este drama pertenece á la Galeria Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad de sus editores los *Sres. Delgado Hermanos*, quienes perseguirán ante la ley para que se le apliquen las penas que marca la misma al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demas Sociedades sostenidas por suscripcion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decretos Orgánico y Reglamentario de teatros de 7 de Febrero de 1849.

Acto primero.



ESCENA PRIMERA.

DON ENRIQUE. RAMON.

Ramon. Voto va el chápiro verde!
Vos por aqui, don Enrique!
Quién creyera?...

Enrique. Ramon mio!
Un abrazo.

Ramon. Aunque sean quince.

Enrique. Qué bueno estás! Si no pasan
años por tí!

Ramon. Siempre firme!

Y eso que ya van caidos
los sesenta y ocho Abriles!

Enrique. Cáspita! No los veré
yo ciertamente.

Ramon. Consiste
en que ahora los muchachos
se gastan pronto y no viven
como Dios manda.

Enrique. Qué es eso?

No há un minuto que me viste,
y ya empiezan los sermones?
Aun no es hora de dormirme.

Ramon. Es que en mi tiempo...

Enrique. En tu tiempo

los mozos de garbo y chiste
tambien daban á la edad

:

lo que siempre la edad pide.
 Trocaban chupa y coleta
 por tauromáquicos dijes,
 y con su moña y su capa,
 y un par de mozas gentiles,
 desempedrabán las calles
 en ligeros calesines:
 daban á orillas del río
 merendonas y convites
 donde corría el Jerez
 en vez del Champaña ó Chipre:
 no bailaban la mazurca,
 pero sí el fandango libre,
 con guitarra y castañuelas
 que alegran mas que violines;
 y también, como nosotros,
 á la luz de los candiles,
 sin lámparas, ni ruletas,
 ni otros estrangeros chismes,
 perdían con ancho pecho
 los pesos y onzas á miles.
 Por mas que tu tiempo alabes,
 desde Adán á Luis Felipe
 siempre el mozo ha sido alegre,
 y el viejo gruñon y triste.

Ramon.

Qué cabeza! qué cabeza!
 Pero no podreis decirme
 qué es lo que así de imprevisto
 os trae por los Madriles?
 Qué os habeis hecho en dos años
 que no nos vemos?

Enrique.

Qué dices?

Dos años!

Ramon.

Ó poco menos:

esta Pascua han de cumplirse.
 Oh, bien me acuerdo!... Y el niño
 ni una carta nos escribe!
 Como si aquí no dejara
 quien le quiera, quien le estime!

Enrique.

Es verdad... pero qué diantre!

Ramon.

Y el amo que se desvive
 por él, que le quiere tanto!

Enrique. Mi tutor!... Cómo está, dime?
Ramon. Bueno... pero acabadillo
 tambien... Ya se ve, no sirve
 que uno le diga: «señor,
 descansad... mirad que os rinde
 tanto trabajo... dejad
 los pleitos; que se descrismen
 otros... Sois rico... qué falta
 os hace?...—Y los infelices,
 responde, que han puesto en mi
 su confianza? Es imposible
 dejarlos... Quién el derecho
 sostendrá que les asiste?
 —Si os haceis el abogado
 de pobres, no os vereis libre...
 —Un letrado debe siempre
 defender al que persiguen
 los malos.—Si nada os vale...
 —Mi conciencia lo prescribe.»
 Y dale que le das: siempre
 al yunque, y la pluma en ristre.
 Eso sí, por todas partes
 le adoran y le bendicen.
Enrique. Sí, es un buen hombre.

Ramon. Y os quiere!

A cada momento dice:
 «pero, señor, este chico
 qué ha sido de él? dónde existe?»

Enrique. Si he corrido medio mundo,
 cómo habia de escribirle?

Ramon. Calle!

Enrique. Y luego los negocios
 tambien á uno le impiden...

Ramon. Con que habeis aprovechado
 el tiempo?

Enrique. Eso es indecible.

Ramon. Muy bien... Y aquel dinerillo
 que en herencia recibisteis?

Enrique. Los veinticinco mil pesos?...
Ramon. Los habreis, como os previne,
 empleado útilmente?

Enrique. Mucho.

- Ramon.* Muy bien.
- Enrique.* Parece increíble lo que he hecho con ellos.
- Ramon.* Bravo!
- Enrique.* Dejádme á mí que adivine cuánto habeis ganado.
- Ramon.* Al pronto tuve una suerte terrible.
- Enrique.* Serán otros diez mil pesos?
- Ramon.* También treinta.
- Enrique.* Siempre dije : es travieso , hará fortuna.
- Ramon.* Mas luego dió en perseguirme la desgracia , y... lo ereerás?... por mas que estaba á los quites , me cogieron entre puertas un inglés y cierto guiri , y aquella fué una derrota : perdi los maravedises... maş gané en cambio un sablazo aqui cerca de la ingle.
- Ramon.* Buen Dios! Ha sido en el juego!
- Enrique.* Sí, amiguito.
- Ramon.* Y yo , belitre , que pensaba eran negocios comerciales ó fabriles!
- Enrique.* Qué entiendo yo de eso , ni...
- Ramon.* Y os habeis quedado?...
- Enrique.* Alpiste.
- Ramon.* Limpio como una patena dejáronme aquellos viles.
- Enrique.* Buenos estamos! Y ahora qué pensais hacer?
- Ramon.* Venirme á que don Juan me mantenga ó me dé nuevos monises.
- Enrique.* Para jugarlos-tambien?
- Ramon.* Amigo , ya soy un lince : no volverán á cogirme en el garlito. Me hice iniciar por cierto cuco en los misterios sutiles

del arte , y ahora...

Ramon. Bueno !

Arrepentimiento insigne!
No os da vergüenza? Qué infamia!
Qué corrupcion !

Enrique. Y qué esguinces !

Vamos , es chanza ! Al contrario:
traigo propósito firme
de enmendarme.

Ramon. Si?... De veras?

Enrique. Seré un Caton : convertíme.

Las vanidades mundanas
no pueden ya seducirme.

Ramon. Eso me gusta. Un abrazo.

Enrique. Lo que me apura y aflige
es decir á mi tutor...

Ramon. No hay que andarse con melindres:
pecho al agua , y...

Enrique. Se halla en casa?

Ramon. Si ; pero no está visible.

Enrique. Tan tarde!

Ramon. Está descansando.

Esa diligencia rinde!...

Enrique. Ha estado de viaje?

Ramon. Ayer

ha vuelto de Francia.

Enrique. Él irse

á Francia ! Con qué motivo?

Ramon. Siempre con piadosos fines.

Ya sabeis que há algunos años
murió don Pedro Dominguez
su amigo.

Enrique. El que en veinte y tres
emigró?

Ramon. Si. Cuando abrirse

vió las puertas de la patria ,
dejó en Paris á Clotilde ,
su hija , que en un colegio
se educaba , y trece Abriles
contaba apenas : el cólera
arrebató al infelice ;
y sin familia , sin bienes ,

quedó su huérfana triste.
 Yo no sé qué fuera de ella
 si, á su desgracia sensible,
 no la amparara don Juan,
 que hoy ya de padre le sirve.
 Siguió pagando en París
 su educacion, porque brillen
 en ella las altas prendas
 que las mas nobles envidien;
 y una vez ya terminada,
 sin que de nadie se fie,
 ha ido él mismo á traerla.
 Y di, es bonita?

Enrique.

Ramon.

Enrique.

Es un dije.

Me alegro; así veré en casa
 un gesto que no fastidie.

ESCENA II.

DICHOS. PEDRO.

(Sale Pedro con todo lo necesario para tomar café con leche, y lo coloca en un velador.)

Ramon. Hola, Pedro! Está ya el amo
 levantado?

Pedro. Ya lo está;
 y al instante en esta sala
 se viene á desayunar.

Ramon. Muy bien.—Si quereis creerme, *(A don Enr.)*
 su vista ahora evitad:
 dejad que yo le prepare
 primero.

Enrique. Si, eso será
 lo mejor. Voíme, y vendré
 luego... á la tarde.

Ramon. No tal.
 Conviene que esteis al paño
 con el fin de aprovechar
 la ocasion... Yo le hablaré,
 y en viéndole blando ya,
 salis, y...

Enrique. Mas en qué sitio
podré sin ser visto estar?

Ramon. Venid conmigo allá dentro.
(Dios nos saque de esto en paz.)

(Vanse don Enrique y Ramon: Pedro habrá estado arreglando la mesa para el desayuno. Sale don Juan con bata rica y elegante.)

ESCENA III.

DON JUAN. PEDRO.

Juan. Y la señorita?

Pedro. Há rato
que aguarda.

Juan. Véla á llamar.
(Vase Pedro. Don Juan se sienta.)

Si, es preciso... Tal vez fuera
peligroso tardar mas.

Hoy mismo esplicarme debo.

Va á entrar en la sociedad,

y de seducciones nul

circundada se verá.

Es bella, y si no me engaño,

muy sensible... harto quizás!

No le faltarán amantes,

y que ella ame es natural.

En nuestro viaje he podido

su carácter observar:

mil nobles prendas la adornan;

pero con facilidad

se exalta, y amor en ella

podrá ser fuego voraz.

Ya se ve! Su pecho anida

el ardor meridional,

y la educacion francesa

nueva exaltacion le da.

Antes que mi débil llama

llegue á trocarse en volcan,

es resolverme preciso,

ó la conviene apagar;

que si hoy es facil, mañana

ya de serlo dejará ,
y cuando tarda el remedio
incurable se hace el mal.

ESCENA IV.

DON JUAN. CLOTILDE. PEDRO.

(Vuelve Pedro con el café y demas.)

Juan. Ah ! Ya está aqui. Buenos dias.

Clotilde. Felices , señor don Juan.

Juan. Has descansado?

Clotilde. Muy bien.

Y vos?

Juan. Lo mismo.

(A Pedro.)

Está ya
el almuerzo?

Pedro. Si , señor.

Juan. Pues sillas.

(Pedro arrima sillas á la mesa. Don Juan y Clotilde se sientan.)

Preferirás
café con leche : por eso...

Clotilde. Gracias ; mas lo mismo da :
por mí...

Juan. *(A Pedro.)* Nada falta ?

Pedro. Nada.

Juan. Pues cuando llame vendrás.

(Vase Pedro.)

ESCENA V.

DON JUAN. CLOTILDE.

Juan. Qué te parece de España ?

Clotilde. Ni bien ni mal hasta aqui :
todo es bueno para mí.

Juan. No obstante , siempre se estraña...

Clotilde. En un colegio escondida ,
harto poco vi de Francia ;

y no hay en mi repugnancia
para abrazar esta vida.
Nada que á mi pecho cuadre
alli dejé : no es mi centro ;
y aqui un protector encuentro ,
ó diré mas bien , un padre.
Juan. Y siempre en mí le tendrás ;
mas aunque á serlo me obligo ,
tambien el nombre de amigo
espero que me darás.

Clotilde. Podeis dudarlo ?

Juan. Este gusto
tendré , porque siempre alcanza
el amigo mas confianza.
Un padre quizá es adusto ,
severo... ó tal lo parece...
y le ocultan sin razon
lo que encierra el corazon.

Clotilde. Quién mejor que vos merece
mi confianza ? Preguntad :
• tan pocos secretos tengo ,
que chasqueada , os lo prevengo ,
será esa curiosidad.

Juan. Eres jóven , muy hermosa ,
y en tu semblante gentil
brilla el frescor del Abril
con las gracias de la rosa.

Clotilde. Tambien sabeis decir flores ?
Digo que sois una alhaja :
tutor que tanto agasaja
es el rey de los tutores.

Juan. Lo digo porque tal vez ,
y no es temor infundado ,
habrá quien se haya prendado
de esos ojos y esa tez.

Clotilde. De eso , señor , nada sé :
no inspiré pasion ninguna ;
si alguien dió en esa tontuna ,
callado lo tiene á fé.
Demas que es aprension rara :
encerrada y sin salir ,
apenas puedo decir

- si el sol me ha visto la cara.
Juan. Pero amor, por sortilegio,
 rompe á veces con ventura
 las rejas de una clausura,
 y las tapias de un colegio.
Clotilde. Eso podrá muy bien ser;
 mas os juro aqui sin dolo,
 que por las novelas solo
 á amor pude conocer.
Juan. Poco á esa escuela me inclino;
 que aunque es amor ideal,
 á otro tal vez criminal
 suele allanar el camino;
 y aunque alguna no resbale
 en senda tan peligrosa,
 siempre imagen engañosa
 en ella á ofuscarla sale:
 llega luego la verdad,
 y con disgusto la mira,
 y anhelando una mentira,
 desprecia la realidad.
Clotilde. Es esa filosofia
 nueva, en verdad, para mí:
 yo siempre, señor, creí
 que lo impreso no mentía.
Juan. Vaya si miente!... Y sino,
 un ejemplo quiero darte.
 Tú aspirarás á casarte,
 supongo.
Clotilde. Casarme!... yo...
Juan. Vamos, habla sin ficcion:
 no te causa eso lisonja?
Clotilde. No he nacido para monja,
 ni tengo esa vocacion.
 Y aun teniendola, qué medio?
 Fuera temeraria idea...
 Para que una no lo sea
 han puesto aqui buen remedio.
Juan. Y allá en tu imaginacion,
 pues en ello habrás pensado,
 cómo, dime, te has pintado
 á tu esposo?

Clotilde. Qué aprension!

Eso pretendeis que os diga?

Juan. No lo pretendo ni mando.

Deseo...

Clotilde. De cuando en cuando

esa idea me atosiga;

y mi corazon perplejo,

si todo lo he de decir,

suele en esos casos ir

à consultarlo al espejo;

y en la imagen que alli miro,

y mis novelas por norte,

me formo de mi consorte

otra por la cual suspiro.

Píntole jóven, buen mozo,

cabello rubio y rizado,

ojos negros, colorado

el labio, apuntando el bozo...

Juan. No dije... Vamos andando.

Y militar le quisieras?

Clotilde. Y con sus dos charreteras,

y su cruz de San Fernando.

Juan. Pues ya ves si razon tengo:

ese que un sueño te ofrece,

en nadita se parece

al que à proponerte vengo.

Clotilde. Qué escucho? Quereis casarme?

Juan. Piensas que no es tiempo aun?

Clotilde. Eso no.

Juan. Querrás?

Clotilde. Segun.

No sería malo darme

alguna idea...

Juan. De forma

que tal será su figura...

Clotilde. No importa; que mi pintura

aun puede admitir reforma.

Juan. No es un niño, à la verdad,

ni un niño jamas conviene.

Sus treinta y seis años tiene.

Clotilde. Pues ya me dobla la edad.

Juan. Aun es jóven... Mas ya siente

con los trabajos , que empieza
à encanecer su cabeza ,
y hasta arrugarse su frente.

Clotilde.

Malo es eso!

Juan.

Su figura
no encanta: Dios le ha adornado
con mas dotes de hombre honrado
que flores de la hermosura.

Clotilde.

Es feo!

Juan.

No diré tanto.

Clotilde.

Pero bonito tampoco.

Juan.

Eso , amiga , importa poco.

Clotilde.

Y si me causase espanto?

Juan.

Te lo causo yo?

Clotilde.

No tal ;
y ahora que caigo en ello ,
conozco que sin ser bello
se puede amar á un mortal.

Juan.

De veras?

Clotilde.

Pero se entiende :
como padre , como amigo.

Juan.

Y esposo?

Clotilde.

Tanto no digo :
anda en eso cierto duende...

Juan.

Y si á la par con su mano
te ofrece bienes , riquezas ;
si prodigando finezas ,
solo en tí se mira ufano?

Clotilde.

No intento mi corazon
á un vil interes ceder ;
pero al fin tal podrá ser
que caiga en la tentacion.

Juan.

Pues bien , dejando rodeos ,
el esposo que te doy
es...

Clotilde.

Quién es?

Juan.

Yo mismo soy.

Clotilde.

Vos , señor?

Juan.

Si tus deseos
esta union no satisface...

Clotilde.

No digo... mas me sorprende...

Juan.

No lo estraño ; pero atiende.

Yo te propongo este enlace ,
 no le pretendo mandar :
 nunca seré tan tirano ;
 mas si aceptases mi mano ,
 tú me llegarás á amar .
 Comprendo que en tiernos años
 un bello jóven seduzca ,
 por mas que su amor conduzca
 quizá á crueles engaños ;
 mas solo las perfecciones
 que ostenta la edad madura
 pueden la firme ventura
 labrar de dos corazones .
 Yo tambien gocé esa flor
 de juventud que te ciega ,
 y hartó sé hasta dónde llega
 en un jóven el amor .
 De su desecha tormenta
 probé el funesto vaiven ,
 que en este pecho tambien
 una alma de fuego alienta .
 Pasó aquel ciego delirio ;
 y la riqueza , la gloria ,
 disiparon la memoria
 del amoroso martirio .
 Do quier se ensalza mi nombre ,
 Dios mis trabajos bendice ,
 y debiera ser felice
 cuanto serlo puede un hombre .
 Mas tanta satisfaccion
 no le basta á mi albedrio ,
 pues un horrible vacío
 encuentro en el corazon .
 De mi trabajo afanoso
 ya me disgusto y fatigo ,
 que no tengo un pecho amigo
 donde buscar el reposo .
 Esposa , yo bien lo sé ,
 no ha de faltarme si quiero ,
 con un buen nombre y dinero
 alguna al fin hallaré .
 Mas comprar un corazon

repugna á mi vanidad ,
 ni existe felicidad
 do no habla la inclinacion.
 Yo quiero un pecho sensible
 que me ame solo por mí,
 y tal vez quererle así
 es querer un imposible.
 Con todo, á ver te llegué,
 y no sé si fué locura
 ó encanto de tu hermosura,
 encontrarle ya esperé ;
 y amé de nuevo á tu lado,
 y el pecho, ya sin sosiego,
 restos halló de aquel fuego
 que creí amortiguado.

No te asuste esta corteza
 que el alma oculta y desluzce :
 si el exterior no seduce,
 hay en esa alma belleza ;
 y tanta, sí, que tu amor,
 bañándose en alegría,
 con la que sobra, algún día
 hará bello el exterior.

Clotilde.

Confieso, y no os cause enfado,
 que hay distancia, cual notais,
 entre el novio que me dais,
 y el que me habia pintado ;
 y á deciros lo que siento,
 si elegido yo le hubiera,
 no me pasara siquiera
 ese por el pensamiento :
 no que no seais querido ;
 pero en eso el mal estaba :
 donde un padre yo miraba
 no adivinaba un marido.

Mas puesto que de este error
 vos me acabais de sacar,
 para no haceros penar,
 admito vuestro favor.
 Cómo ! Admités ?

Juan.

Clotilde.

Por supuesto.
 Os debo casi la vida :

- Juan. soy feliz si agradecida
os puedo pagar con esto.
Jamás consentiré yo
seas por fuerza mi esposa :
quiero una prueba amorosa ,
un sacrificio , eso no.
- Clotilde. Libre aún mi corazón
del amoroso deslíz ,
puedo , yendo á ser feliz ,
dar oído á la razón.
Si hago así lo que os es grato ,
no hay sacrificio ninguno...
ni tengáis recelo alguno
por aquello del retrato ;
que no es una ilusión vana
muy poderoso rival ,
si al amante corporal
alma tan bella acompaña.
- Juan. Divina! — Pero , quién viene ?

ESCENA VI.

DICHOS. RAMON.

(Sale Ramon con timidez y receloso.)

- Ramon. Señor , deciros quería..
- Juan. Alguna majadería
sin duda !
- Ramon. No ; pues no tiene
nada de eso... Es cosa , á fé ,
muy formal!
- Juan. Y tanta prisa
corre ?
- Ramon. Alguna... Me precisa
hablaros...
- Juan. Y bien , de qué ?
Dilo y despacha.
- Ramon. Tal vez
os cause alguna sorpresa ;
pero , al fin , os interesa...
- Juan. Di pronto ; qué pesadez !

- Ramon.* Sabed que en Madrid está don Enrique.
- Juan.* Mi pupilo?
- Ramon.* (El alma tengo en un hilo.)
Sí, señor, el mismo; y va á venir...
- Juan.* Si?... Pues no quiero verle.
- Ramon.* (Malo!) Qué razon?...
- Juan.* Es un tunante, un bribon.
- Ramon.* (Si sabrá?...)
- Juan.* Un infame.
- Ramon.* Pero...
- Juan.* Ha salido buena pieza.
- Ramon.* (Lo sabe.)
- Juan.* Cierta persona de él me ha contado en Bayona mas de una linda proeza.
- Ramon.* (No dije?)
- Juan.* En vez de emplear útilmente su fortuna, se ha dado al vicio, á la tuna, no hace mas que derrochar.
- Ramon.* Jesus! El?
- Juan.* Y todo ha sido francachelas y placeres, y seducir á mugeres... En fin, es hombre perdido.
- Ramon.* Y tanto!
- Juan.* Ya lo sabias?
- Ramon.* Si, señor.
- Juan.* Y lo ocultaba el señor Ramon!
- Ramon.* Buscaba una ocasion...
- Juan.* Si, vendrias á interesarte por él, á engatusarme... Buen medio de corregir...
- Ramon.* Qué remedio?
- Juan.* De qué sirve el ser crüel?
Pues bien, con lo que le quede

restablezca su caudal ,

y...

Ramon. Si ya no tiene un real.

Juan. Cómo!

Ramon. Y el pobre no puede...

Juan. Todo lo ha gastado?

Ramon. Todo.

Limpio está de polvo y paja.

Juan. Bien!

Ramon. La maldita baraja...

Juan. Al juego!

Ramon. Qué importa el modo?

Ello es que...

Juan. Pues que se vaya.

Yo le abandono.

Ramon. Señor!

Juan. No intercedas.

Ramon. Qué rigor!

Juan. Eso pasa ya de raya.

Que le abandono repito.

Ramon. Bien está... Voy á decirle...

Qué crüeldad !... Despedirle
de la casa !... Pobrecito !

Juan. Cómo ! Está en casa ?

Ramon. Si está.

No , jamas tendré valor...

Juan. Lagrimitas !

Ramon. Si , señor :

no soy ningun tigre.

Juan. Ya !

Tú quieres que...

Clotilde. Si algo puede

en esta ocasion mi ruego ,

á ese buen hombre me agregó ,

y ya mi voz intercede...

Ramon. Sí , rogadle. (A *Clotilde.*)

Juan. Tú tambien ?

Clotilde. No querreis en este dia

negar la súplica mia :

es dia de gracias.

Juan. Bien ,

si te empeñas , nada puedo

:

negarte.
Ramon. (Lo que es tener
 buen palmito una muger!
 Miren qué pronto!...)
Juan. Concedo
 á mi pupilo el perdon.
 Véle á buscar. (A *Ramon.*)

ESCENA VII.

DICHOS. DON ENRIQUE.

Enrique. (Saliendo precipitadamente.)
 Vedme aqui.
Juan. Qué es eso?... Estabas ahí?
 Nos escuchabas, bribon?
Enrique. (Arrojándose á los pies de don Juan.)
 Tutor mio, á vuestras plantas...
Juan. Yo debiera... Mas no, ven
 á mis brazos.
Enrique. (Abrazándole.) Ah!
Ramon. Muy bien!
Juan. Te he perdonado ya tantas,
 que hago mal... Bien puedes darle
 las gracias á este lucero.
Enrique. Señorita! (Saludándole.)
Clotilde. (Lo mismo.) Caballero!
Ramon. Ea, otra vez á abrazarle.
Juan. Con mil amores.
 (Se vuelven á abrazar.)
Enrique. Cuán grato
 me es!... (Qué divina beldad!)
Clotilde. (Mas que el otro, á la verdad,
 se parece este al retrato.)
Juan. Ya que estais aqui los dos,
 una nueva os quiero dar.
Enrique. Cuál?
Juan. Que me voy á casar.
Ramon. A casaros!
Enrique. Cómo! Vos!
Juan. No lo aprobais?
Ramon. Al revés;

me alegro mucho.

Enrique. Famoso!

Y quién es el dueño hermoso
que os esclaviza?

Juan. (Tomando por la mano á Clótilde.)

Esta es.

Ramon. Doña Clotilde!

Enrique. (Ah, bribon!

Qué dichoso!)

Juan. Qué os parece?

Enrique. Que mil elogios merece.

Ramon. Muy bien! Famosa eleccion!

La señorita!... Mirad

qué fresca! Qué pino de oro!

Es una rosa, un tesoro!

Enrique. Admira tanta beldad.

Juan. Buen Ramon!

Ramon. Con que tendremos

boda, dulces y funcion?

Y luego... por precision...

niños... Cómo los querremos!

Angelitos!

Juan. Ya chochea!

Se oye fuera tocar una guitarra acompañada de un triángulo.)

Qué es eso?

Enrique. Sin duda alguna
estudiantes de la tuna.

Juan. Bien lá guitarra puntea.

Ramon. Ah! ah! Son mis ciegucecitos.

Juan. Tus ciegos!

Ramon. Suelen pasar,

y se ponen á cantar

en frente... Dos hermanitos.

Venid, venid al balcon,

los vereis.

(Van al balcon, le abren y se ponen á mirar.)

Juan. Qué linda es ella!

Ramon. Una alhaja.

Clotilde. Sí, muy bella.

Ramon. No da en verdad compasion
que esos dos ojos no vean?

- Juan. Y el hermano es un chiquillo.
 Ramon. La sirve de lazarillo.
 Ese sí ve.
- Juan. Los rodean
 muchas gentes.
- Clotilde. Cantarán?
 Ramon. Se paran... Creo que sí.
 Clotilde. No oiremos bien desde aquí.
 Ramon. Pues, si quereis, subirán.
 Juan. Mejor será.
 Enrique. Para qué?
 Cantará mil necedades.
 Ramon. Esta hace divinidades.
 Os gustará. Llamaré.
 (*Haciendo señas hácia fuera.*)
 Hola! Eh!... Sube, Antoñuelo.
 Juan. Tal vez no quieran.
 Ramon. Si tal.
 Ya han entrado en el portal.
 (*Vase para irlos á buscar.*)
 Juan. Lo que es la ciega es un cielo!

ESCENA VIII.

DICHOS. CECILIA. ANTONIO.

(*Salen Cecilia y Antonio guiados por Ramon.*)

- Ramon. Venid... por aquí... cuidado.
 Juan. Aun mas preciosa es de cerca.
 Cecilia. Alabado sea Dios.
 Juan. Pues el chico es una perla.
 Ramon. Que canteis alguna cosa
 estos señores quisieran.
 Cecilia. Aquí estoy para servirlos:
 digan, pues, lo que desean.
 Quieren cante seguidillas,
 ó la jota aragonesa?
 El Bajelito, la Atala,
 los toros del Puerto? Ea;
 pidan por aquesa boca:
 templada está la vihuela.

Enrique. Todo eso está muy oído ;
quisiéramos cosa nueva.

Cecilia. Pues oigan una cancion
que no sabrán... Cosa buena.
Acabadita de hacer ,
calentita , que aun humea.

Juan. Muy bien... Mejor estaremos
sentados.

Se sientan don Juan , Clotilde y don Enrique. Cecilia toca la guitarra y Antonio la acompaña con el triángulo.)

Cecilia. Antonio , alerta :
sigueme bien al compás ;
y sin distraerte.

Antonio. Empieza.

Cecilia. (*Canta.*) Sola y triste está la niña
ribericas de la mar ,
sola lava , sola tuerce ,
sola tiende en un rosál ;
y al bajel que cruza canta :
bajelito , me dirás
si los viste á mis amores ,
si los viste allá pasar ?

Ramon. Bravo , bien !

Juan. Qué linda voz !

Clotilde. Otra copla.

Cecilia. Allá va esta.
(*Canta.*)

Dónde fueron mis amores ,
dó los andaré á buscar ?
Mar abajo , mar arriba ,
yo los llamo y ya no estan.
Dime tú , buen marinero ,
que Diós te guarde de mal ,
si los viste á mis amores ,
si los viste allá pasar.

Clotilde. Perfectamente !

Enrique. Soberbio !

Juan. Es muy mona.

Ramon. Me enagena !

Cecilia.

Quieren que cante algo mas?

Juan.

Descansa.

Cecilia.

No les dé pena :
todo el dia estoy cantando ,
y siempre la voz tan fresca.

Juan.

Todo el dia !

Antonio.

Y por la noche
tenemos tambien tarea.
Entramos en los cafés ,
y de ello , á fé , no nos pesa.

Juan.

Y si llueve ?

Antonio.

Ni las lluvias ,
ni los hielos nos arredran :

Juan.

Tan jóvenes y tan tiernos !

Cecilia.

Qué quereis ! Dios nos da fuerzas.

Juan.

Ganais mucho ?

Cecilia.

Lo que basta
para comer , y aun nos quedan
algunos ahorritos.

Juan.

Cómo !

Aún ahorráis ?

Antonio.

Oh ! Pues qué piensan ?

Que hemos de estar siempre asi
corriendo de ceca en meca ?
No por cierto.

Juan.

Eso me gusta.

Ramon.

Tienen muy buenas ideas ;
y el chico con esa cara
tan vivaracha y traviesa ,
quiere hacerse hombre y ser algo.
Ha ido mucho á la escuela ,
y sabe tambien latin ,
y tiene excelente letra.

Juan.

De veras ?

Ramon.

Mirad qué ojillos ;
cómo bailan y chispean.

Juan.

Si , si , prometen... Y en él
hay cierto aire de nobleza...

Antonio.

Toma ! Como que no siempre
hemos pasado miserias ,
y antes bien...

Cecilia.

Cállate , Antonio :

no reparas que molestas
á estos señores? Y luego,
qué les importa?

an. No creas
que me incomoda : al contrario.
ntonio. Y qué mal habrá en que sepan?...
ecilia. Pensarán que son embustes.

an. (Su candidez me embelesa.)
Acércate, niña hermosa.

ecilia. Señor...

an. Qué es eso? No temas.

ecilia. No temo ; que vuestra voz
dulce á mis oídos suena ,
y su acento de bondad
hasta el corazón penetra.
an. Cómo te llamas?

ecilia. Cecilia.

an. De dónde eres?

ecilia. De Valencia.

an. Tienes padres?

ecilia. No, señor :
sola me encuentro en la tierra.
ntonio. Sola dije?... Me engañé ;
que aun mi hermanito me queda.

an. Y si soy chico , y ahora
nada puedo hacer por ella ,
ya seré grande , y entonces...

ecilia. No hay nadie que te defienda?
an. Nadie.

ecilia. Tan jóven y hermosa!
Mucho arriesgas tu inocencia.

ntonio. Dios siempre , señor , protege
al que se guarda y le ruega.

amon. Y sino , que venga alguno
y ose tocarla siquiera.

ecilia. Ah , valiente!

ntonio. Calla , Antonio.

amon. Es que hasta ese punto llegan
las chanzas , y aunque soy niño ,
rompería la cabeza
aun al lucero del alba.

ntonio. Qué , si vale lo que pesa!

Juan.

Decis que no ha sido siempre
vuestra suerte tan adversa?

Cecilia.

Ay, no, señor!

Juan.

Vuestros padres
qué oficio ejercian? qué eran?

Cecilia.

Mi madre murió muy jóven:
la conocimos apenas.

Mi padre era militar,

y al principio de esta guerra

murió tambien combatiendo

por su patria y por su reina.

Llevónos consigo un tio,

alma generosa y buena,

y cuya grata memoria

en nuestro pecho está impresa.

Hijos suyos nos llamaba,

y de su amor dando muestras,

mil veces nos prometió

dejarnos toda su hacienda.

Educacion esmerada

nos daba á entrambos; yo, ciega,

no podia ejercitarme

en las comunes tareas

de mi sexo; pero él

en instructivas leyendas

mi entendimiento adornaba

con cariñosa paciencia.

Tambien que aprendiese quiso

la música; y muy contenta

complacile, pues á veces

alegraba sus tristezas...

Ah, no esperaba que un dia

mi único recurso fuera!

Buen tio! — Disimulad,

señor, si su dulce y tierna

memoria me arranca el llanto

que hora mi semblante riega.

Ramon.

Pobrecita!... Yo tambien...

Juan.

Esas lágrimas me prueban

tu buen corazon... Prosigue;

que tu historia me interesa.

Cecilia.

Ay, señor! murió mi tio

de pronto , sin que pudiera
 testar ; y aunque todos dicen
 nos corresponde su herencia ,
 otra parienta muy rica
 nos la arrebató.

Ramon.
 Cecilia.

Perversa !

Yo ciega , mi hermano un niño ,
 sin apoyo ni esperiencia ,
 sin medios para seguir
 un pleito... En fin , las riquezas
 de nuestra prima lograron
 quebrantar la vara recta
 de la justicia... y despues
 inhumana , sin conciencia ,
 nos abandona... y , lo veis ,
 esta es hoy la suerte nuestra.

Ramon.
 Juan.

Mala muger !

Infelices !

Ramon.
 Juan.

Si en mis manos la tuviera !...

Pero no habeis encontrado
 un protector , un?...

Cecilia.

Quién se echa

tal carga encima ? Cerradas
 hallamos todas las puertas.

Juan.
 Antonio.

Y no teneis documentos?...

Algunos , y mas hubiera
 si se buscasen... Mirad ,
 aqui traigo para prueba...

Juan.
 Antonio.

Bien , bien , ya los miraré...

Oh ! Yo los guardo... No crean
 que he de dejar... Ya verán.

Cecilia.
 Antonio.

Mil desatinos proyecta.

Desatinos ? Sed mi juez ,
 á ver si es mala mi idea.

Yo , á ciertas horas estudio ,
 y las demas voy con ella ;

ganamos para comer ,
 y hago á la vez mi carrera :

dentro de unos cuantos años

soy abogado... por fuerza ,
 me he empeñado , y lo seré ;

y entonces pongo querella

- á la prima, á los parientes,
 aunque cuatrocientos sean,
 y habré de poder muy poco,
 ó les arranco la herencia.
- Ramon.* Viva! bien! Si es un diablillo!
Juan. Hijo, te honra tal empresa;
 pero no aguardarás tanto:
 yo tomo vuestra defensa.
- Cecilia.* Vos, señor!
Antonio. Vos!
Ramon. Es posible?
Juan. Si, yo.
Clotilde. Si, si.
Juan. Tú lo apruebas?
Clotilde. No lo he de aprobar?
Cecilia. Señor...
Antonio. Oh! qué contento!
Cecilia. Qué extrema
 bondad!
Juan. Aun mas quiero hecer.
 Mi casa será la vuestra:
 vivireis aqui. Tú, Antonio,
 seguirás; como desees,
 los estudios: tú, Cecilia,
 servirás de compañera
 á mi esposa.
- Cecilia.* Qué oigo!
Antonio. Es cierto?
Cecilia. Ah! señor, sois en la tierra
 un angel que Dios sin duda
 hoy nos manda en recompensa
 de tanto sufrir... Ah! Dadme,
 dadme la mano, que pueda
 besarla...
- Antonio.* Yo de rodillas...
*(Cecilia y Antonio se arrojan á los pies de don Juan y le
 besan repetidamente la manos.)*
- Ramon.* Reventara si tuviera
 que no llorar!
Juan. Levantaos;
 solo asi á Dios se respeta,
 solo á él esto debeis,

que á tan buen tiempo os trajera.
 Pues hoy tambien me concedé
 la esposa que mi alma anhela,
 es justo le dé las gracias
 con alguna accion benéfica.

Cecilia. Hoy os casais?

Juan. No, mas pronto
 tendré esa dicha.

Cecilia. Dios quiera
 que como la mereceis
 sea tan grande y completa.
 Aunque de muy poco sirvo,
 yo procuraré que tenga
 vuestra esposa una criada
 en mí.

Clotilde. No, jóven modesta:
 solo seré vuestra hermana,
 vuestra amiga cara, eterna.

Cecilia. Qué oigo? És está señorita.
 vuestra novia?

Juan. Si, la mesma.

Cecilia. Dios la bendiga, señor:
 qué jóven es y qué bella!

Clotilde. Cómo lo podeis saber,
 si no me veis?

Cecilia. No estrañeza
 os cause esto, señorita.
 Dispuso la Providencia
 que tengamos nuestros ojos
 los ciegos en las orejas.
 Los sonidos nos advierten
 lo que está lejos ó cerca,
 lo que es hermoso y es feo;
 y, cosa que el cielo os veda,
 suele la voz revelarnos
 las pasiones mas secretas.
 Por eso cuando aqui entré
 conocí cuán bueno era
 este señor, y á fé mia
 lo confirmó la esperiencia.

Enrique. Pues vamos á ver; y yo
 soy jóven ó viejo, prenda.

Cecilia. Vos sois jóven , quién lo duda ?

Mas tendreis mala cabeza.

Ramon.

Miren si lo ha adivinado !

Ni que estudiado le hubiera.

Y yo ?

Cecilia.

Vos , pobre Ramon ,
ya rayais en los sesenta.

Ramon.

Caramba , es verdad !

Cecilia.

Mas sois
un infeliz.

Ramon.

Cómo acierta !
Hemos de ser muy amigos.

Cecilia.

Por supuesto.

Antonio.

Y yo ?

Ramon.

Esa es buena !

Viejos y niños son unos ,
y como chiquillos juegan.

Juan.

Vamos , os quiero instalar
en casa... (*A don Enrique.*) Tú, buena pieza,
sigueme tambien.

Enrique.

Ya voy.
(Escapé de la tormenta.)

Antonio.

Ves , hermana , qué fortuna ?

Cecilia.

Dios le dé la recompensa.

Antonio.

Dame el brazo.

Ramon.

(*Apartándole.*) Eso ya no.
Atrás !

Juan.

Qué locura es esa ?

Ramon.

De hoy mas , sabedlo aqui todos ,
esta será mi pareja.

Yo seré su lazarillo...

(*A Antonio.*)

Y tú , chiquillo , á la escuela.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.



Es de noche. Hay luces.

ESCENA PRIMERA.

CLOTILDE, *sola.*

(Aparece sentada cerca de la mesa con una carta en la mano.)

Llorad, llorad, ojos míos,
y no dejéis de llorar:
ya que logro sola estar,
derramad el llanto á ríos
á impulsos de mi pesar;
y en tan acerbo dolor,
pensando en el bien que adoro,
pues la suerte con rigor
me veda tan tierno amor,
déjeme exhalarle en lloro.
Qué bien en estos renglones
esplica su amante llama!
Cuál de amor en las prisiones
gozaran dos corazones
que pasión tan dulce inflama!
A solas me quiere hablar!...
Una secreta entrevista!...
Y que en esto siempre insista?
Mas cómo ¡ay Dios! evitar
de tantas gentes la vista?
Y á qué vernos, si perdido

ha de quedar mi sosiego?
 A qué alimentar el fuego,
 cuando apenas encendido,
 habré de apagarle luego?
 Palabra por mí mal dada,
 que cumplir es precision,
 por qué me tienes atada?
 Si es de uno la fé jurada,
 es de otro mi corazon.
 Y tú, en quien ya solo miro
 un tirano para mí,
 cómo estás tan ciego, di?
 cómo no ves que suspiro,
 y no suspiro por tí?

ESCENA II.

CLOTILDE. CECILIA.

(Sale Cecilia á tientas por el foro, y esclama al oír las últimas palabras de Clotilde.)

Cecilia. (Qué he escuchado, santo cielo?
 Cierta sale mi recelo.)
 Estais ahí, señorita?

Clotilde. Ah!... Cecilia... sí.

Cecilia. Solita?

Clotilde. Sí.

Cecilia. Pues cómo?

Clotilde. Siempre velo
 hasta que viene don Juan.

Cecilia. Pues dando las diez estan:
 debe tardar todavía.
 Gustais de mi compañía?

Clotilde. Tus chistes me distraerán.

Cecilia. Mis necedades mas bien.

Clotilde. Siéntate... Aquí cerca... Ven.

(La coge por la mano: toma una silla y la hace sentar cerca de ella.)

Cecilia. Gracias.—No es bueno, en mi juicio,
 que mucho á solas se esten
 las gentes.

Clotilde. Si... es un suplicio...

Cecilia. Nuestra misera cabeza
luego á pájaros se va
y á desvariar empieza,
y negra murria nos da,
y se llora de tristeza.
Vervi-gracia... y lo que siento
permitidme declarar...
si no miente vuestro acento,
jurara que habrá un momento
vos acabais de llorar.

Clotilde. Yo!

Cecilia. Si.

Clotilde. De qué?

Cecilia. No lo estraño:
se retarda vuestro enlace!

Clotilde. Hay en ello tanto daño?

Cecilia. Mucho: nunca eso complace.

Clotilde. No tengo prisa.

Cecilia. Mal año
para el picaro carlismo!
No ha sido mal embolismo
el poder sacar de Berga
la partida de bautismo.
Para qué tanta monserga?
Ya, en fin, la teneis aqui.
Esto no os alegra?

Clotilde. Si.

Cecilia. Lo decis de una manera...

Clotilde. Cómo he de decirlo?

Cecilia. Asi,
contenta... Casi creyera
que esta boda no os egrada.

Clotilde. Sí tal.

Cecilia. Otra os queda dentro.
Aunque de vista privada,
suelo ver mucho, y encuentro...

Clotilde. Qué! (*Sobresaltada.*)

Cecilia. Pues... Estais ya turbada.
Vamos, con franqueza hablad.
Entre muchachas se puede...
Soy callada... No es verdad

que vuestro pecho ahora cede
á otro amor?

Clotilde.

Ah!

Cecilia.

Confesad...

Clotilde.

No, no, jamas osaré...

Cecilia.

Bien está; yo ayudaré
á que esa lengua se esplique.
El objeto es don Enrique.

Clotilde.

Silencio!

Cecilia.

Con que acerté?

Clotilde.

Si te oyeran!

Cecilia.

Mirad vos

si hay alguien; que en lo que pende
de los oídos...

Clotilde.

Por Dios!

quede solo entre las dos
este secreto.

Cecilia.

Se entiende.

Mas tal franqueza me obliga
á que os hable como amiga.
Ese amor es criminal,
disimulad que os lo diga;
y haceis en ello muy mal.

Clotilde.

Harto lo sé tambien yo,
por eso suspiro y lloro;
mas tú no conoces, no,
al objeto á quien adoro,
que el verle Dios te negó.
En él no admiras la flor
de lozana juventud,
ni aquel aire seductor,
ni el mirar fascinador
que hace temblar mi virtud.
No le ves, ni le comparas
con quien mi esposo va á ser;
que entonces me disculparas,
y si le pudieras ver,
Cecilia, tambien le amaras.

Cecilia.

Pues gracias á Dios le doy
de haberme formado así;
y pues que ciega nací,
ya conozco por vos hoy

que es ventura para mí.
 Esa hermosura, es verdad,
 no logro ver que os fascina;
 mas conozco otra beldad
 eterna, pura, divina,
 traslado de la deidad.

Cosas para mí son vanas
 las formas y los colores:
 no puedo admirar las flores;
 pero sin verlas galanas,
 precio mejor sus olores.

La imagen de esa hermosura
 desaparece cuando os niega
 el sol su luz clara y pura,
 y la mía, siendo ciega,
 día y noche siempre dura.

La vuestra con la vejez
 pierde su brillo, y tal vez
 se torna horrible, espantosa:
 la mía, en mi lobreguez,
 cada día es mas hermosa.

Clotilde.

Yo precio á dotes concedo
 tambien que el alma embellecen,
 y en gozar así te escedo,
 pues otras que amor merecen
 conozco, y amarlas puedo.

Cecilia.

Unidas no siempre van
 las del cuerpo y las del alma;
 y si discordes estan,
 los ojos siempre la palma
 á las del cuerpo le dan.

Yo que estas no puedo ver
 solo á las otras me inclino,
 y por ellas adivino,
 ó acá un fantástico ser
 en la mente me imagino.

La belleza terrenal
 conocer no nos es dado;
 mas por favor especial,
 un Dios nos ha revelado
 la belleza celestial.

Así al ser por quien suspiro

:

prestó una angélica forma :
 con la hermosura que admiro
 la del cuerpo se conforma ,
 y á placer su imagen miro ;
 y ésta que en gozo me baña
 á la vuestra deja atrás ;
 porque, falaz por demas,
 la vuestra siempre os engaña ,
 pero la mia jamas.

Clotilde. Qué escucho? Luego tambien
 amas tú?

Cecilia. Pues por ventura ,
 porque mis ojos esten
 cerrados á la luz pura ,
 privada estoy de ese bien ?
 Amo , sí ; pero este amor
 hoy vedándomele está
 la gratitud , el honor ;
 y aunque muera de dolor ,
 jamas del pecho saldrá.

Clotilde. No puedo saber ?...

Cecilia. Ah! no.

Mas de mi amor no se trata ,
 sino del vuestro.... No ingrata
 seais á quien os salvó.

Clotilde. Ay! esa idea me mata.

Cecilia. Pues bien , venced la pasion
 que os alucina y os pierde :
 dad oido á la razon ;
 que harto sufre el corazon
 si la conciencia remuerde.
 Vos engañar á don Juan!
 El tan bueno!... Y esta paga
 sus beneficios tendrán!
 Si pierde el bien que le halaga
 las penas le matarán.
 Vos, Clotilde, y yo, debemos
 sacrificarnos por él;
 y mayor gloria tendremos
 si el sacrificio es cruel,
 que en ello al fin nada hacemos.
 Demas que en su compañía

os aguarda la ventura :
 no os detenga la figura
 prenda de menos valia ,
 que la dicha no asegura.
 Ved, Clotilde, y no os engaño ,
 que ese amor es vuestra ruina ;
 Enrique, por vuestro daño ,
 alberga en su alma mezquina
 la falsedad y el engaño.
 Vos solo veis su persona
 que os ha robado la calma :
 yo, que su amor no aprisiona,
 cuantos vicios amontona
 vi con los ojos del alma.
 Huidle, y creedme, os ruego :
 algo cuesta el resolverse ;
 mas doble placer hay luego :
 haber ganado en el juego ,
 y haber sabido vencerse.

ESCENA III.

DICHAS. ANTONIO.

- Antonio.* Cecilia, no cenas hoy?
Cecilia. Son las once.
Cecilia. Pocas ganas
 tengo... Y luego dejar sola
 á la señorita... Aguarda
 á que venga don Juan.
Clotilde. No :
 sintiera te incomodaras
 por mí.
Cecilia. Qué mas da?
Clotilde. Aquí tengo
 estos libros, cuya grata
 lectura me distraerá.
Antonio. Y en dos minutos despachas.
Cecilia. Está bien... iré. Vos, como
 seguís la francesa usanza...
Clotilde. Sí, es verdad, no ceno nunca.
Cecilia. Pues bien, hasta luego.

Antonio.

Agarra.

(Da Antonio el brazo á Cecilia y vanse.)

ESCENA IV.

CLOTILDE, *sola.*

Ay! llena de confusion
 me han dejado sus palabras.
 Conozco que fuera un crimen...
 Mas esta pasion me arrastra
 á pesar mio... La imagen
 de Enrique está aqui grabada,
 y cuanto mas pienso en ella,
 esta boda mas me espanta.
 Cielos! El es!

ESCENA V.

CLOTILDE. DON ENRIQUE.

Enrique.

Clotildita!

Gracias á Dios que sin guardas
 de vista te hallo una vez.
 Ya es trabajo! No se apartan
 de tu lado. Sobre todo
 esa Cecilia taimada.

Clotilde.

Una ciega!

Enrique.

Ciega, si;

pero nada se le escapa.
 Suele ver mas que otros muchos
 con dos ojos en la cara.

Clotilde.

Habreis estado en la ópera?

Enrique.

He estado; mas me empalaga.

Lo menos sus treinta veces
 vi ya la tal *Gazza ladra*.

Luego aquel bajo me aturde,
 la tiple chilla que rabia:
 vamos, no es dable sufrirlos
 habiendo estado en Italia.

Clotilde.

Ya!

Enrique.

Para tu educacion

ese viaje te hace falta.

Clotilde. Pero como es imposible...

Enrique. Más lo será si te casas.

Qué vida vas á llevar!

Siempre en tu cuarto encerrada,

renunciando á los paseos,

viendo el sol por alquitara,

sin una pizca de ópera,

baile de ramos á pascuas...

No sé que pueda vivir

sin bailar una muchacha.

Clotilde. Don Juan de nada me priva,

y lejos de eso le agrada...

Enrique. Porque ahora está de novio,

y te engatusa y engaña;

mas ya será otro cantar

si tu blanca mano agarra.

Bonito es él! Tan celoso!

Tan serio! Y aquella facha

de vinagre!... Diversiones?

Ya va!... Patita quebrada

y en casa... Cuidar la ropa,

limpiarle bien la casaca,

y peinarle la peluca,

que no tardará en llevarla.

Clotilde. Dios mio! (*Suspirando.*)

Enrique. Pero me olvido.

Has recibido mi carta?

Clotilde. Ah!... si.

Enrique. Ya habrás visto en ella

mi ardiente pasión pintada.

Cómo esos ojos divinos

me deslumbran, me entusiasman;

y cuál de amor en mi pecho

prendieron la viva llama.

Clotilde. Si... si.

Enrique. No podré esperar

que en premio de mi constancia

des á tan rendido amor

alguna dulce esperanza?

Clotilde. Qué decis?... Callad, callad...

O cielos! Si os escucháran...

- Enrique.* Pues!... Mira si digo bien.
Ni arriesgar una palabra
podremos. Estoy perdido
si mis ruegos hoy no alcanzan
la entrevista que...
- Clotilde.* Una cita!
No es posible.
- Enrique.* Tú me matas.
- Clotilde.* Para qué?
- Enrique.* Para decirte
tantas cosas...
- Clotilde.* Tantas?
- Enrique.* Tantas!
- Clotilde.* Pues bien, no podeis ahora?...
- Enrique.* La mitad se me olvidara
con la prisa.
- Clotilde.* Pero cuándo?
- Enrique.* Esta noche, vervi-gracia.
- Clotilde.* Esta noche!
- Enrique.* Es cosa facil.
(Señalando la primera puerta á su izquierda.)
No tienes alli tu estancia
al fin de aquel corredor?
- Clotilde.* Sí... mas... qué?
- Enrique.* Verás la traza.
Cuando ya todos esten
recogiditos en casa,
salgo pian pianito, y vengo...
Qué osais proponerme?
- Clotilde.* Nada...
- Enrique.* Una bicoca.
Un delito.
- Clotilde.* Si en escrúpulos te andas...
- Enrique.* En mi cuarto!... No, jamas.
- Clotilde.* Pues bien, sea en esta sala.
En esta sala?
- Enrique.* Tú puedes...
- Clotilde.* Mas es de temer que salgan...
- Enrique.* Si estarán todos durmiendo;
y con silencio...
- (Siguen hablando en voz baja. Aparecen Cecilia y Antonio por la puerta del foro.)

ESCENA VI.

DICHOS. CECILIA. ANTONIO.

Antonio.

No acabas
de cenar?... Qué prisa tienes?

Cecilia.

Bien... déjame... (Dios nos valga!
Ya ha venido don Enrique;
y si los dejo...)

Clotilde.

(Reparando en Cecilia y separándose de don Enrique.)

Ay! Aparta.

Enrique.

La ciega aquí ya? Maldita!

Cecilia.

Como tan sola os dejaba,
me he dado prisa...

Clotilde.

Por qué?

Ya don Enrique...

Cecilia.

*(Alterada
tiene la voz.)* Hola! Está
el señorito?... Pensaba...

Enrique.

Si... ya he venido.

Cecilia.

(Él también!)

Veo no hacia gran falta.

Clotilde.

Con todo... no importa... siempre...

Cecilia.

(Se han hablado, Virgen Santa!)

Antonio.

(Mirando hacia el foro.)

Ya está aquí don Juan.

Cecilia.

(Ah! bueno.)

Enrique.

(La cosa está adelantada.)

ESCENA VII.

DICHOS. DON JUAN. RAMON.

Juan.

Hola! Os hallo reunidos?

(A don Enrique.)

Y tú también, buena alhaja?

Enrique.

Ya no os quejareis de mí:
he tocado retirada
antes que vos.

Juan.

Pocas veces

te sucede.

Ramon.

Vaya en gracia!
Por una noche!

Enrique.

Me voy

corrigiendo.

Juan.

Así me agrada.

Te traigo buenas noticias,
Cecilia.

Cecilia.

Cuáles?

Juan.

Las cartas

que he recibido esta noche
de Valencia, la esperanza
me dan de que muy en breve
será tu dicha colmada.

Con los nuevos documentos
que tus derechos afianzan,
y de mi entendido agente
la actividad y eficacia,
á devolverte la herencia
el tribunal se prepara.

Cecilia.

De veras?

Juan.

No ha de tardar

en mi juicio dos semanas.

Cecilia.

Ah! señor, cómo podré
pagaros bondades tantas?

Juan.

Siendo honrada.

Cecilia.

No dudeis...

Antonio.

Es advertencia escusada:
no ha de haber quien poner pueda
en su conducta una tachá.

Juan.

Así lo creo... Mas ya
está la hora avanzada,
y recogernos conviene.

Idos, pues.

Enrique.

(Bajo á *Clotilde.*)

(Con que me aguardas?)

Clotilde.

(Bien.)

Enrique.

(Luego vengo.)

Clotilde.

(Silencio!)

Enrique.

(*Ap.*) (Famoso! Ya está agarrada.)

Ramon.

Buenas noches nos dé Dios.

Antonio.

Felices!

Juan.

Hasta mañana.

(Acercándose á *Cecilia* y tomándole la mano.)

Te acompañaré á tu cuarto.

Ven , Cecilia.

Cecilia. Arrodillada ,
 en él pasará la noche
 pidiéndole á Dios con ansia
 que por tantos beneficios
 en vos derrame sus gracias.

Vanse Ramon y Antonio por el foro. Don Juan acompaña á Cecilia hasta la segunda puerta de la izquierda, que es la de su cuarto. Clotilde se queda en el proscenio y se sienta cabizbaja y pensativa. Don Juan, despues de dejar á Cecilia , vuelve y observa á Clotilde.)

ESCENA VIII.

DON JUAN. CLOTILDE.

Juan. Y tú , Clotilde , te quedas?
Clotilde. (Volviendo de su distraccion.)
 Ah!... no , señor... pero... estaba...
Juan. Qué es eso? Qué tienes , hija?
 Te encuentro abatida , pálida.
Clotilde. Yo , señor?... Aprension vuestra.
 Si no tengo nada... nada.
Juan. Nada , dices , y tus ojos
 veo que en llanto se arrasan?
 Vamos , habla con franqueza.
 Qué penas tienes? Te falta
 alguna cosa?
Clotilde. Ah! señor :
 vuestra bondad me anonada.
Juan. Pero algo te aflige.
Clotilde. Sí.
Juan. Pues entonces , por qué callas?
Clotilde. No me atrevo...
Juan. Es triste?
Clotilde. Puede.
Juan. Di , pues.
Clotilde. Ahora no... mañana.
Juan. Mañana?
Clotilde. Sí... permitid
 que esta noche... Estoy turbada...
 No sé cómo... Yo os prometo

Juan. abriros mañana el alma.
 Bien...: como gustes... A Dios.

Clotilde. Os enojé?

Juan. Qué bobada!

No... Mas voy con sentimiento
 de dejarte triste.

Clotilde. (Ingrata!)

Juan. A mañana, pues... Ahora
 vé, recógete y descansa.

(De los dos candeleros que habrá en la mesa, toma uno
 y vase.)

ESCENA IX.

CLOTILDE, sola.

Si... ya hablar es preciso:
 no le puedo engañar.—Prestad, ó cielo,
 prestad aliento á mi ánimo indeciso,
 y haced que de sus ojos caiga el velo.
 Mas ¡ay! tal premio alcanza
 su afecto, su bondad!... En flor marchita
 verá al fin la esperanza
 que allá en su pecho lisonjera habita?
 Horrible ingratitud!... No, no es posible...
 Sacrificarme debó.
 Y lo podré yo hacer?... Pues qué, no llevo
 de esta pasión frenética, invencible,
 aquí clavada la punzante flecha?
 Mis ojos la dirían: sonrojado,
 mi semblante do quier la declarara,
 y en lágrimas desecha,
 arrastrada sin vida al pie del ara,
 mi boca, mal mi grado,
 por el tremendo *si... no*, pronunciara.
 Ah! no: mas vale hablar. Es generoso,
 no quiere bondadoso
 que á su dicha mi dicha sacrifique,
 y acaso con heróica fortaleza
 de un corazón sensible la flaqueza
 consienta en perdonar.—Tal vez Enrique
 así piensa también... Tal vez pretende
 esto mismo decirme.—Cuánto tarda!

Cuán impaciente el corazón le aguarda!
 Y qué dulce esperanza amor enciende!
 —Oigo ruido... El será... No: me he engañado.
 Qué zozobra, Dios mío!
 Si alguien entra...-Quién es?-Ah! que es mi sombra.
 —Siento un pavor, un frío!...
 Ay! esta soledad, este silencio,
 hasta el reflejo de esa luz me asombra,
 y en todo un fiero acusador presencio.
 —Leamos... á ver si...—Cuán enfadoso
 es este autor... Jesús! Cae de las manos.
 —Cielos! Qué extraño ruido!
 —Ah! la péndola es.—Será forzoso
 marcharme... Pero no... ya pasos siento...
 Por allí... mas cercanos...
 El debe ser... sí... sí... Sobrecogido
 está mi corazón... Oh! qué momento!
 Cuál tiemblo!—Dios! Le veo!
 Allí está... Yo fallezco... Haré que leo.

ESCENA X.

CLOTILDE. DON ENRIQUE.

(Don Enrique se deja ver por la puerta del foro, caminando con mucho tiento. Clotilde, que de soslayo le habrá visto venir, finge estar leyendo.)

Enrique. Clotilde!

Clotilde. Quién?... Sois vos?

Enrique. Yo soy, amada.

Tu palabra cumpliste.

Clotilde. Yo?... me quedé á leer... y desvelada...

Enrique. Ah! dichoso me hiciste!

Clotilde. Silencio!... Si os oyeran!...

Enrique. La familia

ya recogida está.

Clotilde. Pero Cecilia

duerme allí... lo sabeis.

Enrique. Maldita ciega!

Clotilde. Sentaos y hablad bajo.

Enrique. (Tomando una silla y sentándose muy cerca de Clotilde.)

Aquí.

Clotilde. No, no... mas lejos...

Enrique. Si no llega entonces bien la voz... Es un trabajo no pudiendo gritar...

Clotilde. Bien... Mas quedito. Hablad. Qué pretendéis?

Enrique. Oh, cuán hermosa estás, dueño adorado!

Cómo á tu lado de placer palpito!

Tu frente ruborosa

que hora enciende el pudor, y en el nevado seno refleja su carmin divino,

y ese amable temor que altera un tanto tu rostro peregrino,

y la luz de esos ojos que entre llanto

brilla con mas suaves resplandores,

todo diciendo está que en mi presencia,

robándole su forma á la inocencia, la diosa llevo á ver de los amores.

Clotilde. Bien... sí... Pero dejad lisonjas vanas, palabras cortesananas, que aunque tan dulces suenan, envuelven con su miel traidor veneno.

Enrique. Con ánimo sereno esas gracias que adoro y me enagenan, quieres ¡ay! que contemple?

Clotilde. Vuestro amoroso ardor, por Dios, se temple; y sin piropos diga lo que á hablarme á tal hora aquí le obliga.

Enrique. Pues no lo sabes ya? Pintarte quiero la inestinguible llama que arde en mi pecho y en tu amor me inflama, y te quiero decir que por tí muero.

Quiero que tus miradas cariñosas me den el dulce premio que reclamo,

y tu boca en palabras deliciosas

digan con grato acento: Enrique, te amo.

Quiero...

Clotilde. Tanto querer! Pues por ventura,

si amor yo no os tuviera,
os hallárais aquí, ni yo os oyera?
Más protestas de amor, si esto os permito,
vos no necesitais, ni necesito;
y otro objeto sin duda...

Enrique. Qué otro objeto
puedo tener, bien mio,
que hablarte de mi amor? Siempre sujeto
mi amante desvarío
entre esos importunos que nos cercan,
romper ansia impaciente el duro freno;
y pues hoy los destinos nos acercan,
mirame ya á tus pies de gozo lleno.
Deja que en esa mano...

Clotilde. Qué haceis?... Alzad.

Enrique. Permite...

Clotilde. Reportaos.

Enrique. No grites. Qué imprudencia!

Clotilde. Está demas aquí vuestra presencia.
Salid pronto... marchaos...
ó yo...

Enrique. Qué haces? Repara
que te pueden oír.

Clotilde. Es cierto... es cierto!
Me olvidaba...

Enrique. Por Dios, no seas rara.

Clotilde. Callad... no oís?

Enrique. El qué?

Clotilde. (Señalando la puerta de Cecilia.)
Mirad... Se ha abierto
aquella puerta.

Enrique. Diablo!
Cecilia! Nada importa... Es ciega... No hablo.

ESCENA XI.

DICHOS. CECILIA.

(Don Enrique se retira á un lado. Sale Cecilia de su
cuarto con zozobra y á tientas, dirigiéndose hácia la
puerta del foro.)

Cecilia. Anda alguien por aquí. Ramon! Antonio!

Enrique. (No te lleve el demonio !)

Clotilde. Calla , Cecilia , calla.

Cecilia. Ah ! Sois vos , señorita ?

Clotilde. Si.

Enrique. (Canalla !)

Cecilia. Habeis tambien oido ?

Clotilde. (Turbada.) Si.

Cecilia. Yo claro

oi pasos y hablar.

Clotilde. (Qué dice?)

Cecilia. Creo

que algun ladron... Veis algo ?

Clotilde. Nada veo.

Cecilia. Llamaremos.

Clotilde. No , no.

Enrique. (Yo me separo á este rincon.)

Cecilia. Sí tal... Bueno sería...

Clotilde. No temas... Esa voz era la mia.

Cecilia. La vuestra ? Pues acaso hablais con alguien ?

Clotilde. No... pero... leia.

Cecilia. Tan tarde ? Vaya un caso !

Clotilde. Estaba desvelada.

Cecilia. Yo tampoco me hallaba aun acostada , pues me quedé rezando.

Enrique. (Ya es fuerza que me vaya retirando.)

Cecilia. Gustais que os acompañe ?

Clotilde. Bien... si quieres...

Cecilia. Por fuerza debe ser interesante lo que estabais leyendo.

Clotilde. Si... si... mucho.

Cecilia. Estais tan conmovida !... Algun amante de novela.

Clotilde. Si... sí.

Cecilia. Pues ya os escucho , si quereis proseguir. Tambien yo gusto de oir novelas.—Ay !

(Durante el anterior diálogo Cecilia se ha ido acercando. Clotilde habrá estado haciendo señas á don Enrique para que se marche. Don Enrique se va retirando con tiento y hácia atrás , hasta llegar á un velador

que hay en medio de la sala : hace una seña á Clotilde como para despedirse de ella ; pero al volverse tropieza con el velador y le deja caer. Cecilia da un grifo.)

- Enrique. (Negra fortuna !)
- Cecilia. Anda alguien por aqui , no hay duda alguna.
Ladrones ! (Con voz apagada y medrosa.)
- Clotilde. Calla.
- Cecilia. No.
- Clotilde. Cielos !
- Cecilia. Qué susto !
- Ladrones !
- Clotilde. Por piedad , vas á perderme.
- Cecilia. Cómo !
- Clotilde. Es Enrique.
- Cecilia. Ó Dios ! Y habeis osado?...
(Se oye dentro la voz de don Juan , que llama.)
- Juan. Ramon ! Pedro !
- Clotilde. Don Juan !
- Enrique. Dónde esconderme ?
- Juan. Pronto , venid.
- Clotilde. Huyamos.
- (Toma la luz que hay sobre la mesa y huye á su cuarto. El teatro queda á oscuras.)
- Enrique. Me ha dejado
á oscuras !
- Cecilia. Señorita...
- Enrique. El diablo cargue
contigo... Ya no está.
- Cecilia. Pues qué , se ha ido ?
- Enrique. Si... con la luz.
- Juan. (Dentro.) Venid... Aqui es el ruido.
- Cecilia. Cielos ! Nos dejó solos !... Idos luego.
- Enrique. Cómo , si yo tambien ahora estoy ciego ?

ESCENA XII.

CECILIA. DON ENRIQUE. DON JUAN. RAMON. ANTONIO. PEDRO.

(Sale don Juan con bata, y una luz que deja en la mesa. Ramon está en mangas de camisa, y trae un palo. Antonio lleva una blusa. Pedro saca también luz, pero se retira después de los primeros versos.)

Juan. Mirad bien por todos lados.

Ramon. Alto ahí!... El señorito! (A don Enrique.)

Antonio. Cecilia!

Juan. Gran Dios! qué veo?

Cecilia. (Valedme, cielos divinos!)

Juan. Enrique y Cecilia aquí!

Solos!... Sin luz!

Cecilia. (Qué suplicio!)

Juan. (Ambos turbados están!

Qué sospecha!... Mas qué digo?

No puede ser.) — Cómo os hallo

á los dos en este sitio?

Cecilia. Yo... señor... (Oh, qué vergüenza!)

Juan. No sabré?... Vamos, tú, dílo. (A don Enr.)

Enrique. Yo?

Juan. Sí.

Enrique. Vereis...

Juan. Sin mentiras.

Enrique. Pues... sin mentiras.

Juan. Prontito.

Enrique. Allá voy... (Qué le diré?

No me ocurre...)

Juan. Y bien?

Enrique. Ha sido...

Cecilia. (La compromete.)

Juan. Hablarás?

Enrique. Tanto apurar! Qué fastidio!
El diablo á veces la enreda,
y arma la de Dios es Cristo,
y... Qué diantres!... Sobre todo,
ya no soy ningun chiquillo,
y no hay que venirme á mi
con si las pongo ó las quito.

Hago lo que me parece ,
y... pues. (Jesus, me hago un lio !)
Juan. Qué estás diciendo? Habla claro :
esplicate.

Enrique. Facilito
es esplicar !... Que me ahorquen
si á hablar tan siquiera atino.

Juan. En fin, sabremos?...

Enrique. Ahí
está Cecilia.

Cecilia. (Dios mio !)

Enrique. Ella podrá...

Cecilia. Yo!

Enrique. Si al cabo
que lo sepais es preciso,
mas vale que ella...

Juan. Cecilia?

Antonio. Mi hermana?

Enrique. Si, cabalito.

Sabe tan bien como yo...

Juan. Cecilia!

Enrique. Lo dicho dicho.

Ella... (Vamos, yo me escurro.)

Antonio. Oid:

Enrique. Dejadme. (Vase corriendo.)

ESCENA XIII.

DICHOS, *menos* DON ENRIQUE.

Antonio. Se ha ido!

Juan. Cecilia, tú me dirás...

Cecilia. Señor...

Juan. Habla... Necesito
salir de dudas. Por Dios,
habla.

Cecilia. No puedo.

Juan. Adivino
lo que será.

Cecilia. Qué, señor?

Juan. Rubor me causa el decirlo.

Cecilia. Qué!... Sospechais?

:

Juan.

Por quién, dime,
vino aquí ese libertino?
Era por ti?

Antonio.

Poco á poco,
señor don Juan; no permito...

Cecilia.

Antonio!

Antonio.

Es que hablemos claro:
aquí jugamos muy limpio;
y hasta ese punto las chanzas
pueden llegar.

Ramon.

Desatino!

Ella, señor?... Ni por pienso.

Antonio.

Os debo mil beneficios,
daré la vida por vos;
pero que empañéis el brillo
de nuestro honor!... Eso nunca;
no me es dable consentirlo.

Juan.

Con todo, es fuerza aclarar...

Antonio.

Lo que sé es que el señorito...

Cecilia.

Antonio!

Antonio.

Si á decir fuera
á quién hacer suele guiños...

Cecilia.

(La va á perder!) Callarás?

Antonio.

No me hagan soltar el pico!...

Juan.

Dios! Qué dice?... Por ventura?...

Cecilia.

No le hagais caso; es un niño
que ignora...

Antonio.

Sí... ya!

Juan.

Cecilia,

sácame de este martirio.
Tú lo sabes, tú. Por quién
ese hombre, dime, ha venido?
Es por ti?

Antonio.

No.

Cecilia.

Sí, señor:

por mí fué.

Juan.

Por ti!

Antonio.

Qué ha dicho!

Ramon.

Jesus! (*Santiguándose.*)

Antonio.

No; no puede ser.

Cecilia.

Sí... sí... por mí. (*Con resolucion.*)

Antonio.

Te has perdido!

- Juan. Desdichada!
- Cecilia. (Santo Dios,
acepta este sacrificio!) (*Desfallece.*)
- Ramon. Se desmaya!
- Juan. Socorredla.
(*La sientan en una silla.*)
- Cecilia. No... no es nada... Es un vahido...
Ya me recobro.
- Juan. Qué has hecho?
Infeliz!
- Ramon. Yo no concibo...
- Cecilia. Señor... por Dios... retiraos...
Vuestro lado es un suplicio
para mí... Dejádme sola...
Este favor solo os pido.
- Juan. Bien... No quiero atormentarte.
Harto... En fin, ya me retiro.
Pero vosotros quedaos;
y de ella cuidad, amigos.

ESCENA XIV.

CECILIA. RAMON. ANTONIO.

- Cecilia. Ah! (*Llorando.*)
- Antonio. Buena hazaña, señora!
- Ramon. Vamos, nó, no puede ser.
- Cecilia. Dios mio!
- Antonio. Lloras ahora?
- Cecilia. Qué otra cosa puedo hacer?
- Ramon. Y yo, que hubiera por ella
puesto la mano en el fuego!
La recatada doncella!
La ciegucecita!... Reniego... .
- Cecilia. (O sacrificio cruel!)
- Ramon. Y el otro! Vil seductor!
Pero no lo estraño en él.
De ella, si, que... .
- Antonio. Oh furor!...
- Ramon. Con esa cara de cielo!
Si algun otro lo dijera,
yo le...

Cecilia.

Ni aun hallar consuelo
esta desdichada espera.

Antonio.

Consuelo una criminal,
una infame!

Cecilia.

Hermano!

Antonio.

Quita;

te odio.

Cecilia.

Gran Dios!

Ramon.

Voto á tal!

Tratarla así, pobrecita!

Antonio.

Qué quereis?

Ramon.

Quiero... no sé.

Pero el corazon me dice...

Ni aunque lo jure creeré...

Cecilia.

Cree que soy infelice.

Ramon.

Eso sí. Debe un misterio
en esto hallarse encerrado.
Quién sabe? Algun gatuperio
de aquel tronera endiablado.

Antonio.

Infame, le he de matar;
ó bien él á mí.

Cecilia.

Qué horror!

Osarás?...

Antonio.

Para vengar
tu agravio sobra valor,
aunque débil, á este brazo;
que es un niño suficiente
para pegar un balazo,
y soy hijo de un valiente.

Cecilia.

Qué intentas?

Antonio.

Voy á cumplir
con mi deber.

Cecilia.

Santo Dios!
Nuevos pesares!... El ir...
Aguarda.

Antonio.

No: de los dos,
uno...

Cecilia.

Detenle, Ramon.

Ramon.

Eh! (*Poniéndose al paso de Antonio.*)

Antonio.

Quitate de delante.

Cecilia.

Antonio, por compasion.

Antonio.

Temes que mate á tu amante?

Cecilia. Mi amante!... Y tú lo has creído!

Antonio. Cómo!

Ramon. Qué?

Cecilia. Buen Dios, perdona,
perdona, yo te lo pido,
si la fuerza me abandona.

Antonio. Qué dices?... Habla.

Ramon. Si, si.

Cecilia. La culpa que me infamó
yo la he echado sobre mí,
mas otra la cometió.

Ramon. Otra?... Quién?

Antonio. Ah! Ya comprendo.

Clotilde...

Ramon. Si lo decia...

Si era imposible... Si en viendo
esa cara... Qué alegría!

Vaya, yo me vuelvo loco!

Antonio. O esceso de gratitud!

Tu perdon, hermana, invoco,
pues dudé de tu virtud.

Ramon. Vamos, vamos, sin tardar,
es fuerza decirlo al amo.

Antonio. Si, voy...

Cecilia. Es fuerza callar:
vuestro silencio reclamo.

Antonio. Callar yo!

Ramon. Pues no faltaba
otra cosa!

Cecilia. Yo os lo ruego.

Antonio. Nuestro honor se menoscaba.

Cecilia. En ello va mi sosiego.

Antonio. No; al punto á decirlo ando.

Ramon. Y yo de ello certifico.

Cecilia. Antonio, yo te lo mando.

Ramon, yo te lo suplico.

Antonio. Pues qué, callado he de ver
que así quedes infamada?

Cecilia. Cumplamos con el deber:
lo demas no importa nada.

Antonio. Por una muger estraña
sacrificarás tu honor?

Cecilia.

No, no es por ella.

Ramon.

Alimaña!

Cecilia.

Ló hago por mi bienhechor.

El la ama, y en ella funda
su bien, su felicidad.

Quieres que por mí se hunda
su paz? Fuera una maldad.

No tiene mas ilusion;

y si esta ilusion perdiera,

traspasado el corazon,

quizá del dolor muriera.

Y tras tanto beneficio,

yo desdichado he de verle?

Hágale este sacrificio,

ya que otro no puedo hacerle.

Es inmenso, bien lo sé;

mas fuerza es tener paciencia:

no todo lo perderé;

que aun me queda mi conciencia.

Antonio.

Pero vivir deshonorada...

Cecilia.

No te dé por eso pena.

Aun no estoy abandonada

si el cielo no me condena.

Pues ve la inocencia mia,

breve será mi dolor;

y yo espero que algun dia

él volverá por mi honor.

Ramon.

Vamos, es gran desvario:

yo consentir que se case?

Ella será... Jesus mio,

no quiero acabar la frase!

Cecilia.

Lá ofendes. Si anduvo errada,

no dudes de ella por eso;

que harto quedará enmendada

con este triste suceso.

De tan costosa esperiencia

tendrá presente la historia,

y guarda de su inocencia

será de hoy mas mi memoria.

Ramon.

Como el otro aqui se quede...

Cecilia.

A eso pondré yo remedio.

Ramon.

No se yo cómo se puede...

Cecilia. Intento probar un medio.
Dile, Ramon, que le espero.

Ramon. Pues quereis hablarle?

Cecilia. Si.

Un favor pedirle quiero.

Ramon. Voy.

Cecilia. Y vuelve con él aqui. (*Vase Ramon.*)

ESCENA XV.

CECILIA. ANTONIO.

Cecilia. Se fué?

Antonio. Si.

Cecilia. Pues ven, hermano,

hermano querido, ven,
deja que libre en tu seno
corra mi llanto esta vez,
y pueda mostrar sin mengua
su flaqueza una muger.

Tú todavía no sabes
cuán costoso, cuán cruel,
hermano del alma mia,
este sacrificio me es.

Si solo por un momento
pudieses aqui leer
en este pecho acuitado,
oh cuál te dolieras de él!
Entonces cuánta es mi pena
llegáras á conocer,
y vieras que fin tan solo
mi muerte es dable le dé.

Antonio. Qué escucho? Tú mas dolores!
tú mas penas padecer!

Y ocultármelas podías?
Eso, hermana, no está bien.
Cuéntamelas: consolarte
acaso de ellas sabré;
y cuando no, á par del tuyo
verás mi llanto correr.

Cecilia. No, no es posible: aqui ocultas
por siempre es fuerza que esten,

Antonio.

y conmigo deberán
al sepulcro descender.
Ah! por Dios, en un hermano
que te ama confianza ten.
Qué penas pueden ser esas?
Mayores las puede haber
que esta mengua inmerecida
con que hoy manchada te ves,
y que ante el mundo?...

Cecilia.

Y á mí
qué me importa el mundo, qué?
Qué tiene con ese mundo
la pobre ciega que hacer?
Me despreciarán, con mofa
me señalarán tal vez,
se reirán de mí... En buen hora;
rían, muestren su desden:
por fortuna ni su risa,
ni su mofa puedo ver.
Mas un hombre hay en la tierra,
un hombre solo, ante quien
virtuosa, pura, sin mancha,
anhelaba parecer.
Su aprecio era mi existencia,
su opinion mi único bien;
y hora á sus ojos infame,
odiosa, me hace el deber;
y aunque el mundo todo entero
publicase mi honradez,
aunque viniese á adorar
mil virtudes á mis pies,
siempre impura ser es fuerza,
siempre impura para él.
Yo nada mas le pedia
que esto que á perder llegué;
y esto á mi dicha bastaba;
que en éxtasis de placer,
tal vez, mudamente unidas
nuestras dos almas pensé;
cual dos espíritus puros
que ante el Soberano Ser
sus angélicos amores

gozan allá en el Eden.

Antonio. Cielos! Qué dices, hermana?
Es posible!... Tú!... Creeré?...

Cecilia. Ah! Si lo has adivinado,
este secreto cruel,
cállale... y allá en tu pecho,
hermano, guárdale bien.

Antonio. Infeliz!

Cecilia. Infeliz, si.

Mas en tanto que tú estés
á mi lado, yo lo espero,
algun consuelo hallaré.
Tú no me abandonarás;
no es verdad?

Antonio. Puedes creer?...
No, jamas... Siempre contigo
hasta la muerte estaré.

Mas don Enrique!

Cecilia. Dios quiera
que le logre convencer!

ESCENA XVI.

DICHOS. DON ENRIQUE. RAMON.

Enrique. Tú, niña, llamarme á mí?
Puedo yo servirte en algo?

Cecilia. Si, señor.

Enrique. En lo que valgo...

Ramon. Nos vamos?

Cecilia. (Con dignidad.) Quedaos aqui.
Lo que al señor decir quiero
que presenciéis me interesa.

Enrique. Uy! Parece una princesa.

Cecilia. Qué aire tan grave y tan fiero!
Don Enrique, recordad
lo que há un instante ha pasado
en este sitio.

Enrique. Pillado
fui en la trampa, es verdad.
Pero tú la culpa tienes:
quién te mandaba?...

Cecilia. Qué horror!

- Engañar á un bienhechor!
Enrique. Con sermoncitos me vienes?
Cecilia. Con harta razon lo puedo.
 Ignorais que deshonrada
 uua muger desdichada
 queda por vos?
Enrique. Fué un enredo
 que...
Cecilia. Ignorais que esa muger
 en breve ha de ser esposa
 de vuestro tutor?
Enrique. Es cosa
 que á mi...
Cecilia. Ignorais que á saber
 don Juan esa villanía,
 perdida asi la esperanza
 en que su dicha se afianza,
 el infeliz moriria?
Enrique. Tanto ya !... Si asi lo toma...
Cecilia. Y en nada tenéis, señor,
 su bien, su vida, su honor?
Enrique. Si no pasa de una broma.
Cecilia. Broma horrible!
Enrique. Algo pesada,
 lo confieso; pero al cabo...
Ramon. Pues la gran frescura alabo!
Enrique. Ha de hacer una sonada
 por eso? Fuera locura.
 Hicimos mal, qué remedio?
 Pues lo sabe, no hay mas medio
 que llevarlo con dulzura.
Cecilia. No lo sabe.
Enrique. No?
Cecilia. Aqui solo
 á mi me encontró.
Enrique. Si, es cierto.
Cecilia. Pues nada le he descubierto;
 y hago mas; mi fama inmolo.
Enrique. No entiendo...
Cecilia. Para salvarle
 la suya, y tal vez la vida,
 que era yo la seducida

hube, al fin, de confesarle.

Enrique. Tú le has dicho?...

Cecilia. Que aqui vos
vinisteis solo por mí.

Enrique. De veras, lo has dicho?

Cecilia. Si.

Enrique. Buena ocurrencia, por Dios!

Ah! ah!

Ramon. Y se rie!

Enrique. Divina!

Antonio. Estoy por...

Cecilia. Os hace gracia?

Enrique. Es golpe de diplomacia
que él solo vale una mina.

Cecilia. Un sacrificio es que ofrezco
en las aras del deber:

si no podéisle entender,
don Enrique, os compadezco.

Enrique. Oh! le comprendo, si tal.

Cecilia. Vuestra razon no percibe
que igual deber os prescribe
otro sacrificio?

Enrique. Cuál?

Cecilia. El salir vos de esta casa.

Ramon. Bien dicho.

Enrique. Vaya una idea!

Si tú quieres irte, sea;
mas yo...

Antonio. La ira me abrasa!

Cecilia. Yo saldré, no lo dudeis,
sé que estar aqui no puedo;
mas si á mi desgracia cedo,
tambien conmigo saldreis.

Enrique. Bah!

Cecilia. Pues me manda la suerte
esta casa abandonar,
la sierpe no he de dejar
que aqui su ponzoña vierte.

Enrique. Bueno fuera porque tú
lo quieres!...

Cecilia. Vuestra conciencia...

Enrique. Es solo mi conveniencia.

Ramon.

Este hombre es un Belcebú!

Cecilia.

Ah! por Dios, os lo suplico,

sed generoso, señor;

no vea yo con dolor

que en vano me sacrificio.

Duelo eterno, triste llanto,

me impone esta accion penosa;

mas puedo aún ser dichosa

si salvo á quien debo tanto.

Vos con mucha mas razon

debéisle amor, gratitud:

y no es tan grande virtud

el vencer una pasión.

En ser, cual nos cumple, buenos,

no nos quedemos atrás;

y pues hice yo lo mas,

haced siquiera lo menos.

Enrique.

Yo te doy el parabien

si tan linda accion has hecho:

hágate muy buen provecho;

mas yo aqui me encuentro bien.

Antonio.

Con que no os quereis marchar?

Enrique.

No.

Antonio.

Pues saldreis, vive el cielo.

Enrique.

Háse visto el repazuelo!

Tambien quiere gallear?

Antonio.

Pensais, villano, traidor,

que he de sufrir esta mengua?

Pues yo os cortaré la lengua.

Cecilia.

Ah! qué dices?

Enrique.

Qué furor!

Si querrá que con él riña?

Antonio.

Seguidme.

Cecilia.

Dios mio!

Enrique.

Calle

el niño, y vuelva á la calle

á enseñar la marmotiña.

Antonio.

Si no sois un vil cobarde...

Enrique.

Eh! Ya me cansó. Háse visto?

No me hagan mas, vive Cristo,

de esa grande hazaña alarde.

De ella á mí se me da un bledo.

Que lo sabria don Juan?
Que lo sepa! Pensarán
que por ello me entra miedo?

Ramon. No!... Pues con tanta bravata
veremos ahora... El viene.

Cecilia. Ah! ved que callar conviene.

Enrique. (Esto va de mala data.)

ESCENA XVII.

DICHOS. DON JUAN.

Juan. Qué es esto?... Aun estais aqui?

Y ese tambien!... Qué misterio?...

Ramon. No, no hay ningun gatuperio:
me podeis creer á mi.

Juan. Bien... Mas basta de sufrir;
y despues de tan vil hecho,
que esten bajo un mismo techo
yo no debo consentir.

Cecilia. Si, señor, teneis razon:
que debo marcharme es claro;
y ahora mismo me prero
á dejar esta mansion.

Juan. Tú, hija mia, tú marchar
de mi casa, de mi lado!
Ah! tal rigor no me es dado:
no te puedo abandonar.

Cecilia. Cómo, señor?...

Juan. No zahiero

tu falta: tuya no fué:
mia sí, que coloqué
el lobo junto al cordero.

Pues tal error cometi,
disculpo tu inesperencia;
pero guardar tu inocencia
es obligacion en mí;

y ya cual crimen mirara
entregar tan tierna flor
al huracan bramador
que en breve la deshojara.

Cecilia. Es posible! — Ven, hermano,

llévame luego á abrazar
sus rodillas, á regar
con mis lágrimas su mano.

(Los dos hermanos se arrojan á los pies de don Juan.)

Creed que indigna no soy
de esa celestial dulzura:
veréisme un día mas pura
que criminal me veis hoy.

Juan.

Si, sí, de mi proteccion,
ven, acógete al escudo;
solo en quien burlarte pudo
caiga ya mi indignacion.

(A don Enrique.)

Tú, perverso, que la tasa
colmaste de las maldades,
cesaron ya mis bondades:
vé, sal luego de mi casa.

Enrique.

Yo, señor!

Juan.

Sí, tú: mi encono
probarás, vil seductor.

Librame ya del horror
de verte: yo te abandono.

Ramon.

Tanto ya?

Cecilia.

Templad os ruego...

Juan.

En vano me suplicais.

Enrique.

De esta suerte me arrojaís?

Juan.

Sí, monstruo, sí... Vete luego.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.



ESCENA PRIMERA.

CECILIA. CLOTILDE.

Clotilde. No, Cecilia, en vano quieres
que yo por mas tiempo calle :
este secreto fatal
me atormenta, y cada instante
que mas le guardo en el pecho
mas pugna por escaparse.
Considera que á las dos
desventuradas nos hace ;
á ti porque un sacrificio
te prescribe intolerable ,
y á mí porque siente el alma
remordimientos punzantes.

Cecilia. Calmaos , por Dios , Clotilde ,
y haced de firmeza alarde.
No os dé cuidado mi suerte ,
que no es el daño tan grande.
Aun mas afable don Juan
desde aquel terrible lance ,
mis penas templó y endulzó
con repetidas bondades.
Qué alcanzáramos , decid ,
las dos con desengañarle ?
Hacer que su paz , su dicha ,
cual humo se disipasen ,
y esa dicha debe ser
el fin de nuestros afanes.

Clotilde.

Mas para mí su presencia
es un tormento incesante.
Paréceme que sus ojos
me acusan al contemplarme,
como si escrito leyesen
mi delito en el semblante.
Ay! á veces, con ser ciega,
es tu destino envidiable,
pues cuán fiero es el mirar
del ofendido no sabes!
Desde el punto en que á aquel hombre
permiti que aqui me hablase,
sentí no sé qué inquietud
de mi pecho apoderarse:
aqui don Juan me encontró
pálida, abatida, exánime,
y preguntóme afanoso
la causa de mis pesares.
No supe qué contestar...
Y porque al fin me dejase,
«mañana,» dije... y tal vez
yo me resolviera á hablarle.
Viene Enrique, nos sorprenden,
y sin que en nada repare,
huyo... Sé luego que tú
generosa me salvaste,
recogiendo la vergüenza
de mi proceder infame.
Pasmada, quedo sin voz,
no sé qué partido abrace,
y cuando volvió don Juan
mis penas á preguntarme,
para confesar mi falta
no tuve valor bastante,
y respondí... no me acuerdo
qué disculpas logré darle.
Mas de entonces no hay zozobras
que mi existencia no amarguen;
y ni placer, ni sosiego,
el encontrar ya me es dable.
No, Cecilia, no te obstines
en que el hablar yo retarde;

sepan todos tu inocencia ,
y yo mi imprudencia pague.

Cecilia.

Esa locura intentais ,
y está cerca vuestro enlace ?

Clotilde.

Mi enlace ! Ya no es posible.
Cómo quieres que me case
cuando toda el alma siento
en otro amor abrasarse ?

Cecilia.

Cómo , señorita , nun dura ?...

Clotilde.

Cecilia , ya no te canses.
Todo cuanto me dijeres
contra este amor , es en balde.
El forma ya mi existencia ,
no hay ventura que mas ansié ,
y bienes , vida y honor ,
todo en él miro cifrarse.
No pienses , no , que este fuego
no viendo á Enrique se acabe ,
que mas la ausencia le enciende ,
y hace que en él mas me abrase.

De la dicha que con él
lograra , miro la imagen ,
y al verla tan seductora ,
por un horrible contraste ,
la imagen de este himeneo
me desespera y me abate ,
y el afecto hácia don Juan
temo que en odio se cambie.
Funesto empeño sería
que mi mano le entregase ;
pues á desdichas sin cuento
quizá esta union nos arrastre.

Cecilia.

Ah ! Ya conozco que es fuerza
de esos peligros salvarle ;
á sus ojos la verdad ,
aunque triste , al fin se aclare.
Mas él os ama , señora ,
y su pasion es tan grande ,
que un súbito desengaño
causara desdichas graves.

Es preciso preparar...
Dejadme á mí , sí , dejadme ;

:

que yo sabré... Mas su voz
escucho... no esteis delante ;
que puede esa turbacion
darle recelos.

Clotilde. Ah ! tú abres
à la esperanza mi pecho :
el cielo quiera ayudarte. (*Vase.*)

ESCENA II.

CECILIA. DON JUAN. RAMON. ANTONIO.

Juan. Si, amigos mios, triunfó
la justicia.

Ramon. Qué contento !
Dónde, dónde está Cecilia?
Yo quiero ser el primero
que la diga... Vedla aqui.
Albricias, hija.

Cecilia. Qué es eso?

Ramon. Ya te han devuelto tus bienes,
ya eres rica.

Cecilia. Con que el pleito?...

Juan. Se ha ganado : esta noticia
recibo por el correo.

Ramon. No es nada ! Cuánto habeis dicho
que es la herencia ? Cien mil pesos ?

Juan. Eso en Murcia, sin la hacienda
de Andalucía.

Ramon. Soberbio !
Cortijos, viñas, jolivas...
Qué se yo?... Pero qué veo ?
Estais los dos cabizbajos.
No os alegrais ?

Antonio. Si, me alegro.

Ramon. «Me alegro !» — Vaya un modito
de decirlo !... Mas comprendo :
bien veo que no es el todo
en este mundo el dinero ;
y aquel asunto de marras...

Juan. Ramon, á qué ese recuerdo ?
Olvida...

- Ramon. Es que yo bien sé...
 Juan. Qué pesado!
 Ramon. (Yo reviento
 por contar...)
 Cecilia. Puede que pronto
 Dios ponga en eso remedio.
 Ramon. De veras?
 Antonio. Qué es lo que dices?
 Cecilia. Quién sabe? Yo siempre espero;
 y si don Juan quiere oirme...
 Juan. Ya es hora de tu paseo;
 y no siendo cosa urgente...
 Cecilia. Eso no le hace.
 Juan. Es que tengo
 yo tambien cierto negocio...
 Cecilia. Entonces aguardaremos.
 Asi como asi me cuesta
 cierto empacho...
 Juan. Bueno, bueno.
 Luego... mañana...
 Ramon. Pues vamos.
 Cecilia. Quedad con Dios.
 Juan. Hasta luego.

ESCENA III.

DON JUAN, *solo.*

Esa tristeza profunda
 que siempre en Clotilde advierto,
 y crece á par que se acerca
 nuestro tratado himeneo;
 su palidez y sus ojos
 cuyos encendidos cercos
 el llanto diciendo estan
 que han derramado en secreto;
 todo me anuncia que abriga
 algun arcano su pecho.
 Medrado estás, corazon,
 si cuando llegas al puerto,
 en vez de soñadas dichas,
 solo desengaño encuentro.

Pero no aceptó gustosa?
 Quién la obliga al fingimiento?
 Ah! que el alma en las mugeres,
 y en corazones tan tiernos,
 es hoja leve que facil
 se mueve á contrarios vientos.
 Necio de aquel que se fia
 en sus promesas, y necio
 el que castillos construye
 en tan deleznable suelo.

ESCENA IV.

DON JUAN. PEDRO.

Pedro. Señor.
Juan. Qué hay?
Pedro. Esta esquela.
Juan. (Abre la carta que le da Pedro y la lee.)
 A ver.—Gran Dios!—El sombrero.
Pedro. Salis, señor?
Juan. Un amigo
 se halla en la indigencia, enfermo:
 quiere verme, necesita
 socorros... Marcho corriendo...
Pedro. Os acompaña?
Juan. Es inútil.
 No hago mas que ir y vuelvo. (Vase.)
Pedro. (Solo.) Muy bien nos salió la traza:
 el campo queda por nuestro.
 A ver si sale...
 (Se asoma al balcon.)
 Allí va...
 Ya vuelve la esquina, bueno.
 Haré la señal al otro.
 (Saca un pañuelo, lo agita y hace que habla hácia afuera.)
 Eh?... Si... Ya viene... Abriremos.
 (Vase, y vuelve al punto acompañado de don Enrique.)

ESCENA V.

DON ENRIQUE. PEDRO.

- Pedro.* Entrad.
- Enrique.* No hay nadie?
- Pedro.* Si, Juana ;
pero es nuestra : entrad sin miedo.
- Enrique.* Clotilde?
- Pedro.* En su cuarto.
- Enrique.* Dila
que quiero hablarla.
- Pedro.* Recelo
que no venga... Fingiré
que el amo la llama.
- Enrique.* Apruebo.
- Pedro.* Pero no os detengais mucho ;
que si vuelve...
- Enrique.* Va muy lejos :
allá á los guardias de corps ;
y pronto irá anocheciendo.
Mientras encuentra la calle ,
y busca el número ciento ,
que no existe , pasarán
sus dos horas.
- Pedro.* Bravo enredo !
- Enrique.* Con todo , por si viniesen
los otros , ponte de acecho.
- Pedro.* Y por la puerta de atrás
os marchais. Aqui os entrego
la llave. (*Le da una llave.*)
- Enrique.* Perfectamente.
Vé... Date prisa... Aqui espero.
(*Vase Pedro por la izquierda.*)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, solo.

Esto va bien : mia es
la fortaleza enemiga ,
y no me importa una higa
de lo que venga despues.

Por si encuentro algun tropiezo,
esto traigo á prevencion.

(Saca un par de pistolas, y las coloca encima de la mesa.)

Son seguras... de piston...
Por ponerlas aqui empiezo.
Famosa va á ser la hazaña!
Y hoy para ello me sientó!
No hay para darnos aliento
como el vino de Champaña.
Cuál han caido botellas!
Qué broma tan soberana!
Vamos, para una jarana
se pinta solo Torrellas.
El y Bruno y Parra y yo,
vaya un buen par de parejas!
Pues y las pobres ovejas
que mi industria trasquiló?
Fortuna, por esta vez
no te me has mostrado aviesá,
hemos hecho buena presa,
y ha caido mas de un pez.
Por fin, me encuentro con fondos,
mil oncitas nada menos...
Otro par de golpes buenos,
y nos quedamos redondos.
Lo que es este que á dar voy
será golpe soberano:
porque yo la apuesta gano,
de Clotilde dueño soy.
Buen Torrellas! Apostar
á que de aqui no la saco!
Otras tengo ya en el saco,
y mas duras de pelar.
Por mi triunfo, sin jactancia,
ya la risa en mi retoza:
robar á una buena moza,
y cien onzas de ganancia!
Y luego poder vengarme
de este don Juan por contera!
Tratarme de tal manera,
y de su casa arrojarme!

Se echará al cuello un dogal
cuando este chasco le demos...
Clotilde viene... Tomemos
aun aire sentimental.

ESCENA VII.

DON ENRIQUE. PEDRO. CLOTILDE.

Pedro. Ya viene.

Enriq. Bien está... Vete y observa.

(*Vase Pedro. Sale Clotilde por la izquierda.*)

Clotil. Señor, qué me queréis?... Cielos!... Qué miro?
Enrique!

Enriq. Sí, yo soy, prenda adorada.

Clotil. Vos!

Enriq. Tu Enrique, tu bien; que ya el suplicio
de esta crúel y prolongada ausencia
tolerar por mas tiempo no ha podido;
que ciego en su pasion, vuelve á tus plantas
siempre con mas amor, siempre mas fino.

Clotil. No adviertes?...

Enriq. Deja el miedo: tu tirano
lejos está de aqui: ningun peligro
tienes que recelar; nada se opone
á la tierna efusion de tu cariño.
No te alegras de verme?

Clotil. Eso preguntas?

Mira este rostro pálido, marchito,
estampadas en él verás las huellas
del triste llanto por tu amor vertido.

Enriq. Amable palidez, llanto precioso!
cuál ese rostro angélico, divino,
saben hermohear! Y de esa vista
un bárbaro privarme no ha temido?
Lejos de esa belleza encantadora,
sin la luz de esos ojos, yo no vivo;
y solo al dulce fuego que derraman
me es dado ya existir. (Qué bien lo finjo!)

Clotil. Es cierto? No mentis?

Enriq. Triste, lloroso,
pensar en tí mi ocupacion ha sido:

do quier tu imagen sin cesar buscaba ;
 á tí se dirigian mis suspiros ,
 y rondando tu calle , en tus balcones
 mis ojos se fijaban de continuo ,
 ansiosos de que en ellos se mostrase
 el astro hermoso que constante sigo.
 No me has visto , mi bien? No palpitaba
 tu pecho entonces , di?

Clotil. No , no te he visto.

Y sin embargo , de ellos noche y dia
 no me aparto jamas ; y siempre fijo
 mi afañoso mirar en cuantos pasan ,
 les digo á todos : «eres tú , bien mio?»
 Y todos pasan , y con ellos huye
 la ilusion que falaz me ha sonreido.

Enriq. Pues no has mirado bien. Algunas noches
 que hayas visto á lo lejos es preciso
 en ancha capa envuelto un negro bulto
 cual vagarosa nube dando giros
 en torno de...

Clotil. Es verdad... si... me parece...
 Eres acaso tú?

Enriq. Yo era , el mismo.

Y no me conocias? De tu pecho
 no te decian nada los latidos?
 Anda , tú no me quieres.

Clotil. Ah! Perdona.

Enriq. Y yo clavado allí!... Con mil martirios
 atormentada el alma... Y entre tanto ,
 al lado tú de mi rival indigno ,
 acaso los halagos prodigabas
 solo por este triste merecidos ;
 y las joyas y galas preparando
 que en el sagrado altar un nuevo brillo
 prestarán á tus gracias , los momentos
 contabas que te quedan... (Va divino!)

Clotil. Eso puedes creer?

Enriq. Y no pensaste
 que ese enlace es mi muerte? No has previsto
 que pueden esas galas y ese gozo
 trocarse en llanto , en luto?

Clotil. O Dios! Qué has dicho?

Enriq. Si, si, se trocarán: el mismo dia
que entregues esa mano á mi enemigo,
la mia y un puñal ó una pistola
pondrán fin á tan mísero destino.

Clotil. Qué horror!

Enriq. Pues ya lo sabes... Date prisa,
corre al ara.

Clotil. Jamas.

Enriq. El sacrificio
verás de este infeliz.

Clotil. Ah! tú destrozas,
crüel, mi corazon. Y has presumido
que yo he de consentir?... Pues qué, no sabes
que ese himeneo con horror le miro?

(*Va oscureciendo.*)

Enriq. Y quién á él te obliga?

Clotil. Mi palabra.

Enriq. Que con viles engaños el inicuo
te ha logrado arrancar: tal juramento
es nulo, y tú jamas debes cumplirlo.

Clotil. Si asi pudiera ser!

Enriq. Tú lo deseas?

Clotil. Mas que el vivir.

Enriq. Y me amas?

Clotil. Necesito
darte mas pruebas?

Enriq. Una.

*Clotil.*Cuál?

Enriq. A un tiempo
puedes huir de odioso despotismo,
y labrando por siempre tu ventura,
dichoso yo tambien seré contigo.

Clotil. Habla.

Enriq. Sigueme, ven.

Clotil. Qué me propones?

La fuga! Santo Dios!

Enriq. Secreto asilo
acultarnos podrá: ya de la noche
el negro manto á nuestro amor propicio...

Clotil. No prosigas, jamas.

Enriq. No te resuelves?

Vacilas?

Clotil. Eso, Enrique, es un delito.

Enriq. Quédate, pues, entonces. Da la mano á ese bello galan de ti tan digno, y enlácese esa flor pura y galana con aquel tronco viejo y carcomido.

Clotil. Suerte funesta!

Enriq. No: serás dichosa, ya tu felicidad, Clotilde, envidio. Otro tal vez dijera: Pobre niña! Qué pronto el *bello mundo* la ha perdido! Destinada á brillar en los saraos; á lucir en el vals su pie tan lindo; á embelesar la corte, despreciando de bellas mil los envidiosos tiros... Héla ya esclavizada... A Dios, amores, á Dios, galas, paseos, trages ricos... Cuando cercarla adoracion debiera, cuidando está de un hombre adusto, antiguo; con él á paso lento por las tardes su vueltecita da por el Retiro; en su casa, de noche, se entretiene con la amable costura ó con un libro; y mientras oyen otras dulcés arias, ella escucha tal vez su sermoncito...

Clotil. Calla, calla, por Dios.

Enriq. Eso dirian. Mas yo te doy el parabien, y admiro un cuadro de familia que debiera el Curioso Parlante haber descrito.

Clotil. Cuadro horrible!

Enriq. Pues digo, si se añaden para colmar tu dicha unos celitos;... y los habrá, no dudes; que eres bella, y él triste, caviloso... en fin, marido. Sobre todo, si sabe que me quieres, y averigua el pasado lancecito.

Clotil. Me haces estremecer!

Enriq. Tendrás entonces al lado tuyo acusador continuo. En tí cada mirada será un crimen; y una reconvencion en cada dicho de su boca hallarás; y no un esposo,

un verdugo ha de ser.

Clotil. Cielos divinos!

Enriq. Oh! Cuán otra, mi bien, será tu suerte
si unirme en fiel lazada á ti consigo!
Entre galas, festejos y altos goces,
el mundo admirará tus atractivos,
y verás en su colmo satisfechos,
cuando nazcan apenas, tus caprichos.

Clotil. Cielos! Al escucharte, mi cabeza
se pierde, se perturban mis sentidos...
Vete, y déjame ya... No... yo no puedo...

Enriq. (Ahora el último golpe.) Ya está visto
que es vano mi rogar... A Dios, ingrata...
A Dios... Voy á morir... Tú lo has querido:
hoy mismo pondré fin á mis desdichas.
Por la postrera vez á Dios te digo.

Clotil. Ah! Detente... Triunfaste... Aquí me tienes...
Tuya soy ya.

Enriq. Qué dices?

Clotil. Que has vencido.

Al impulso amoroso que me arrastra,
á tu mágica voz ya no resisto.

Mi boda es imposible: para amarte,
y amada ser de ti, tan solo vivo.

Aunque sepa perderme, lo prefiero
á los bienes del otro que abomino.

Estoy resuelta ya: no te detengas.

Marcha, guía mis pasos: ya te sigo.

Enriq. O triunfo del amor!... Ven á mis brazos,
dueño mio... Marchemos.

(Sale Pedro con dos luces.)

Pedro. Eh! prontito.

Idos luego... Que vienen.

Enriq. Si, si, vamos.

(A Pedro.)

Dame esa luz. —Marchemos.

(A Clotilde.)

Ven conmigo.

Clotil. Ah! no me atrevo ya.

Enriq. Qué, te retractas?

Clotil. No... mas...

Enriq. Pues yo me quedo.

Clotil. Tú, Dios mio!
Enriq. Vean que estoy aqui, sépanlo todo;
 y haya escándalo y bulla.

Clotil. No vacilo.
 Vamos.

Pedro. Cómo! Os marchais con él?

Enriq. Sí.

Pedro. Nones.

Eso no lo consiento, vive Cristo.

No es lo pactado.

Enriq. Vete con mil diablos.

Ya se oyen.

Clotil. Santo Dios!

Enriq. Por el pasillo.

(*Vanse don Enrique y Clotilde por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

PEDRO. LUEGO DON JUAN. CECILIA. RAMON. ANTONIO.

Pedro. Bueno va!... Señor!—Se fueron!

(*Colocando la otra luz en la mesa.*)

Y se deja las pistolas!

Se las llevaré... Ya llegan.

No se va à armar mala broma.

(*Sale don Juan de mal humor; los demas le siguen.*)

Ramon. Vaya, señor, sosegaos.

Quién por eso se incomoda?

Juan. Te parece poca burla?

Hacerme correr dos horas

inútilmente!... y no es nada...

desde la calle de Atocha

hasta la del Conde-Duque!

Alli llego hecho una sopa

de sudor... Busco la casa,

el número... Corro toda

la calle... Nada... ni el número

existe, ni la persona.

Estoy molido. (*Se sienta.*)

Ramon. Debeis

tomarlo à burla y chacota.

Algun zumben...

- Juan. (A Pedro.) Ven acá,
tú, Pedro.
- Pedro. Señor... (Ahora
es ella!)
- Juan. Quién te entregó
aquella carta?
- Pedro. De forma
que yo...
- Juan. Responde, ó te rompo
la cabeza.
- Pedro. (Carambola!)
- Juan. Hablarás?
- Pedro. Yo lo diré.
(Allá va toda la historia.)
Don Enrique...
- Juan. Enrique! Osaste?...
- Pedro. Yo no sabia qué cosa
era, que sino...
- Juan. Perverso!
Alguna infernal tramoya.
- Pedro. Mucho que sí.
- Juan. Sabes algo?
- Pedro. Algo... y si usted no se enoja...
- Juan. Acabará?... Vamos di.
- Pedro. Quiso hablar á la señora
luego que os maschásteis.
- Cecilia. (Qué oigo!)
- Juan. A Clotilde?
- Cecilia. (Qué zozobra!)
- Pedro. Sí, señor.
- Juan. Qué objeto?... Sigue.
- Pedro. Rogó... me ofreció una onza...
No me atrevi á resistir...
Y la habló?
- Juan. Si.
- Pedro. (Dios nos coja
confesados!)
- Juan. Pues asaso
ella ha consentido?...
- Pedro. Toma
si consintió!... Y aun hay mas.
- Juan. Mas?

Ramon.

(Ay! ay! ay!)

Juan.

Me sofoca

la rabia! Di.

Pedro.

Yo no sé

cómo decir...

Juan.

Pronto.

Pedro.

A solas

aqui estuvieron hablando;

y despues...

Juan.

Despues?...

Ramon.

(Bribona!)

Pedro.

Se fueron... En dos palabras:

que don Enrique os la roba.

Juan.

Eh?

Cecilia.

(Infeliz!)

Pedro.

Quise estorbarlo;

mas ellos...

Juan.

Miente tu boca,

miente, infame.

Ramon.

A ver, á ver?

(Vase por la izquierda.)

Pedro.

Yo?... no, señor.

Cecilia.

Ah! le sobra

tal vez la razon.

Juan.

Tambien

tú, Cecilia, acusar osas?...

Cecilia.

Ya es tiempo que lo sepais.

Esta pena, esta congoja

en vano evitaros quise,

Dios sin duda me lo estorba.

Juan.

Esplicate.

Cecilia.

Don Enrique

ama á Clotilde, y le adora

ella igualmente.

Juan.

Qué dices?

Y un rayo no se desploma

sobre mí!—Tú lo sabias,

y lo ocultabas, traidora?

Cecilia.

Eran para mí sagradas

vuestra dicha, vuestra honra,

y obligacion fué salvarlas,

de mi propio honor á costa.

Juan. Qué escucho? Tú...
 Cecilia. Presumi...
 conozco mi engaño ahora...
 que una vez ya separados,
 fuera...
 (*Vuelve á salir Ramon por el foro.*)

Ramon. Ni rastro, ni sombra,
 existe en toda la casa
 de la tal niña... Robóla;
 no hay duda... Con el milano
 se fué la tierna paloma.

Juan. No se encuentra?

Ramon. Qué encontrar!
 Ni en su cuarto, ni en la alcoba,
 ni en la cocina... Volaron,
 Los dos tomaron la posta
 por la puerta falsa.

Juan. Cielos!
 Ya las fuerzas me abandonan.

(*Se deja caer en un sillón y permanece abatido.*)

Ramon. Pues yo no lo dejo así.
 Voy en busca de una ronda:
 aviso á la policía,
 á los alcaldes... que corran
 tras ellos, que los agarren,
 los prendan... Aunque se escondan
 siete estados bajo tierra,
 ó pierdo esta vez la cholla,
 ó traigo á los dos aquí
 amarrados de una soga.
 Sigüeme, Antonio. — Escaparse!
 No nos faltaba otra cosa.

(*Vanse Ramon y Antonio.*)

ESCENA IX.

DON JUAN. CECILIA. PEDRO.

Juan. Ó ingratitud! Ó maldad!

Y que este premio recoja!

Cecilia. (Pobre señor!) Permitted...

Juan. Déjame.

Cecilia. Si os incomoda...

Juan. Vete, vete, quiero estar
con mis pesares á solas...

Cecilia. Pero...

Juan. Vete... No lo dije?

Pedro. Venid conmigo, señora:
no está para...

Cecilia. (*Bajo.*) Si, si, mas
no alejarnos mucho importa.
Cerca de aqui nos quedemos
para observar.

(*Cecilia y Pedro se retiran por la puerta del foro. Al
cabo de un rato vuelve Cecilia á presentarse en la mis-
ma puerta.*)

Juan. (*Solo.*) Esto logran
mis beneficios, mi amor!
Justo Dios! Y que se esconda
tanta perfidia y maldad
bajo tan perfectas formas!
Ingrata! Vibora aleve
que en mí viertes tu ponzoña
cuando mi seno te abriga
con ansia mas cariñosa!
A engañarme tan vilmente
quién te obligaba, traidora?
Era yo ataso un tirano
que te oprimia? Esta boda
no te la impuse jamas,
tú la admitiste gustosa.
Si no me amabas, por qué
diste esperanza ilusoria
á quien solo te pedia
pura verdad sin lisonja?
Entonces ¡ay! esta llama
ahogára yo á poca costa;
mas tú la has hecho crecer
con promesas seductoras,
y ha llegado á ser volcan
que me abrasa y me sofoca.
A Dios, pues, felicidades,
ilusiones engañosas,
que halagándome un momento,

habeis huido cual sombra.
 Ya qué me queda? Morir,
 morir solo. Qué me importa
 la vida, si es un tormento
 cada dia, cada hora;
 si entre pesares continuos
 ha de ser triste, afanosa;
 si una mano en este mundo
 no encuentro consoladora
 que mis lágrimas enjuge,
 que me apoye en mis congostas;
 si solo mis beneficios
 ingratos traidores forman;
 y en fin, si llevo grabada
 en mi frente la deshonra,
 debiendo ser de las gentes
 desde hoy mas escarnio y mofa?
 Sí, sí, mas vale morir.
 Oh! si en mis manos ahora
 tuviese...

(Repara en las pistolas que don Enrique ha dejado sobre la mesa, y las coge.)

Pero qué veo?
 Cielo santo, unas pistolas!
 Quién aqui las ha dejado?
 Ah! su maldad previsorá,
 al huir, con tal presente
 mis bondades galardona.
 Pues el beneficio acepto;
 y una bala matadora
 dé en este momento mismo
 á este infeliz muerte pronta.

(En este instante Cecilia, que se halla escuchando á la puerta del foro, da un grito penetrante.)

Cecilia. Ah!

Juan. Quién es?... Cecilia!

Cecilia. *(Corriendo precipitada y tropezando, y con los brazos abiertos.)*

Dónde,
 dónde estais?... Oh, qué zozobra!
 Dónde estais, adónde?

Juan.

Aqui.

- Cecilia. Venid... Vuestra mano.
 Juan. *(Pasando á la mano izquierda la pistola que tenia en la derecha, y dando esta á Cecilia.)*
 Toma.
 Cecilia. *(Cogiendo con ansia la mano y tocándola como para ver si hay en ella algo.)*
 Nada... nada. — No, no es esta...
 quiero la otra, la otra.
 Juan. *(Colocando en la mesa las pistolas con la mano izquierda, y dándosela.)*
 Qué aprension!... Tómalas, pues.
 Cecilia. Tampoco... Las dos ahora.
 Juan. Pero...
 Cecilia. Las dos!
 Juan. Bien está. *(Se las da.)*
 Cecilia. *(Agarrando las dos manos fuertemente y con satisfaccion.)*
(Ah! ya las soltó.)
 Juan. Estás loca?
 Cecilia. *(Atrayéndole hácia el lado opuesto.)*
 Venid hácia aqui, venid...
 A este lado.
 Juan. Me destrozas
 las manos... Suelta.
 Cecilia. No, no.
(Gritando con fuerza.)
 Pedro! Pedro!
 Juan. A qué alborotas?
 Cecilia. Pedro! Pedro!
(Sale Pedro corriendo.)
 Pedro. Qué mandais?
 Cecilia. Busca, busca unas pistolas
 que estan ahí.
 Pedro. Dónde?
 Cecilia. Busca...
 Pedro. Ah!... En la mesa... Sí, señora.
 Cecilia. Las hallaste?
 Pedro. Sí.
 Cecilia. Pues vete
 con ellas y las arroja.
 Pronto.
 Pedro. Voy.

Cecilia.

Se fué?

Juan.

Sí, fuése.

Cecilia.

(*Soltando las manos con risa de gran satisfacción.*)

Pues os suelto. Ya no importa.

ESCENA X.

CECILIA. DON JUAN.

Juan.

Qué locura es esta, di?

Cecilia.

Y vos me lo preguntais?

Qué es lo que hacer intentais con esas armas?

Juan.

Yo?

Cecilia.

Sí.

Decídmelo si lo osais.

Juan.

Por casualidad hallé...

Cecilia.

Pensais que no os he oído?

Juan.

Tú me has oído?... Pues qué?...

Cecilia.

Oh! no; yo no me engaño.

Mataros habeis querido.

Juan.

Matarme!

Cecilia.

Osadlo negar.

Juan.

Y qué extraño que eso intente quien despechado se siente?

Cecilia.

Mirad: acabais de hablar con la voz de un delincuente.

Juan.

Cielos!

Cecilia.

Os estremeceis?

Y soy yo quien necesito daros valor? No sabeis que ese es horrible delito, y que al Eterno ofendeis?

Juan.

Perdona: ha sido locura; pero soy tan desgraciado!

Cecilia.

Desgraciado! Por ventura, sabeis vos, ni se os figura, qué cosa es ser desdichado? Siempre la suerte risueña hasta ahora se os mostrara:

de bienes mil os colmara :
 y os quejais porque os enseña
 hoy mas adusta la cara?
 Quien continuo á su fiereza
 vió humillada la cerviz,
 demuestra mas fortaleza :
 solo es propia tal flaqueza
 del que fué siempre feliz.

Juan.

Ah !

Cecilia.

No estrañeis que una pobre
 ciega ignorante asi os hable ;
 que puesto que en vos zozobre
 la virtud , es disculpable
 que , cual vos debierais , obre.

Juan.

Tanto sintieras mi muerte?

Cecilia.

Mal lo sabeis todavia !

Juan.

Mas si me arranca la suerte
 todo placer y alegría...

Cecilia.

No puede haber quien acierte
 vuestra pena á consolar ?

Por qué esas almas buscar
 que de vos indignas son ?

Por ventura un corazon
 sensible no habeis de hallar ?

Juan.

Ah ! si , cual tú , muchos seres
 existieran en el mundo ,
 dichoso fuera , cual quierdes ;
 pero tú en la tierra eres ,
 Cecilia , un ser sin segundo.
 Clotilde , Enrique...

Cecilia.

No hableis ,
 señor , de esos desgraciados.

Porque del deber los veis
 tan tristemente apartados ,
 vos el vuestro olvidareis ?

Juan.

Deber ! No tengo ninguno.

Cecilia.

Os engañais : teneis uno ,
 y muy sagrado.

Juan.

Con quién ?

Cecilia.

Conmigo.

Juan.

Contigo !

Cecilia.

El bien

no es acaso lazo alguno
para quien lo hace?... Oh! sí.
Yo ni amigos, ni familia
tengo. Qué será de mí,
si abandonais á Cecilia,
á la pobre ciega, así?
Clavarme una daga al pecho
es lo mismo que dejarme;
después de lo que habeis hecho,
no, ya no teneis derecho,
señor, para abandonarme.
Pobre Cecilia!

Juan.
Cecilia.

Teneis
otro deber con mi hermano,
y con Ramon, y os debeis
á los mil que socorreis
con tan generosa mano.
Y aun con esos que ofender
os han podido, romper
no debeis toda concordia;
pues los dos han menester
de vuestra misericordia.
Juan. Tendrás razon; mas me abruma
el peso de la existencia;
y es fuerza acabe la suma
de mis males con violencia,
ó que el tedio me consuma.
Todo para ser dichoso
lo probé con ansiedad:
de la gloria el lauro honroso,
y el bullicio, y el reposo,
y riqueza y libertad.
La gloria es un nombre vano,
la riqueza tedio inspira,
quien busca la paz delira,
justicia no hay en lo humano,
y es la libertad mentira.
Abrir mi pecho al amor
por último consenti;
y ahora que con dolor
cifro mi vida en su ardor,
el amor huye de mí.

Cecilia.

Huir de vos , cielo santo !
 Huir el amor de vos !
 De que eso digais me espanto .
 Aun hay quien os quiere tanto ,
 que os quiere al igual de Dios .

Juan.

Yo amado? Vana quimera!

Cecilia.

Vana?... Y bien... Si se os dijera :
 existe en la tierra un ser
 que , nacido á padecer ,
 nunca dichas conociera ;
 que há dias sufriendo se halla
 ese dolor que os aqueja ,
 y mientras á vos la queja
 siquiera os alivia , él calla ,
 y oculto en su alma le deja :
 un ser que rogaba al cielo
 quitase toda esperanza
 á su mas ferviente anhelo ,
 con tal que os diera en el suelo
 dichas mil y bienandanza...
 Si se os dijera , señor ,
 que , espuesto á vuestros enojos ,
 en sus extremos de amor
 se deshonró á vuestros ojos
 por ahorraros un dolor...
 Qué oigo , ó Dios !

*Juan.**Cecilia.*

Y si ademas ,
 ese ser tan desdichado ,
 cuyo amor no se ha mostrado
 ni se ha cansado jamas ,
 se hallase aqui , á vuestro lado ;
 y pronto á participar
 de vuestra pena y quebranto ,
 pronto con vos á llorar ,
 aceptando sin pesar
 la mitad de vuestro llanto ;
 en su ardorosa pasion .
 su existir os consagrara ,
 y á vuestros pies demandara
 restos de ese corazon
 que otra ya despedazara...

Juan.

Tú, Cecilia!

Cecilia. (Arrojándose á sus pies.)

Perdonad

si así con tal libertad
á su delirio se entrega
esta miserable ciega,
y de ella tened piedad.

Juan.

Tú me amas, tú! Con que es cierto?

Aun puedo inspirar amor!
Para la dicha no he muerto!

Ah! de un sueño de dolor
páreceme que despierto.

Sí, tú, Cecilia, tú eres
la esposa que he menester:

tú sola sabes querer:
necio que en otras mugeres
fui los ojos á poner!

Tú de todas tan distinta,
la mejor, la mas virtuosa,
y también la mas hermosa,
porque en tu cara se pinta
tu alma pura y candorosa!

Contigo qué dulce paz
el corazón disfrutara!

y en medio de este solaz,
cuál mi ánimo se ensalzara,
siendo de todo capaz!

Y yo te amaré también,
también yo te haré dichosa,
y en tierna unión deliciosa,
serás mi vida, mi bien,
en fin, tú serás mi esposa.

Cecilia.

Yo vuestra esposa! Qué oí?
Yo tanta felicidad!

No, no puede ser... Piedad,
señor... no os burleis de mí:
ved que fuera una maldad.

Juan.

Sí, lo serás: no lo dudes...
sí, la mano te daré,

con la tuya me honraré;
y vano con tus virtudes,
mil venturas gozaré.

Cecilia.

Con que es cierto?... Yo estoy loca!

*

Vuestra esposa! Qué existir
de placeres mi alma toca!
Llegad... que pueda imprimir
en vuestra mano mi boca.
Ay, este es mi esposo!... Ó cielo,
que pueda verle!... Este velo
solo un punto me quitad...
Tenga una vez tal consuelo,
y torne á mi oscuridad!

ESCENA XI Y ÚLTIMA.

DICHOS. RAMON. ANTONIO.

(Salen Ramon y Antonio apresurados.)

Ramon. Victoria!... Ya los hallamos.
Ya los traen... No, mentira.
Ella es la que viene; que él
no ha de andar en muchos dias.

Juan. Cómo?... dónde?...

Ramon. Cerca estábamos
del cuartel de la milicia,
vemos un grupo de gentes:
nos llegamos... Este mira;
y á nuestros dos fugitivos
reconoce... Ella se habia
desmayado... Ya se ve,
pesarosa, conmovida...
Los nacionales en torno
con afan la socorrian.
Nos abrimos paso, entramos
en el corro... El nos divisa,
y al punto como saeta
disparada escapa á prisa.
Digo entonces: «detenedle...
á él... al ladron... encima!...»
Le siguen... «Detente, pára,»
los milicianos le gritan.
El, nada... corre que corre;
mas sin andarse en chiquitas,
uno apunta, tira, y... ¡pun!

le tumba patas arriba.

Juan y Cec. Le ha muerto!

Ramon. No; mas le dió
un balazo en la rodilla,
y al hospital le han llevado.
Por lo que toca á la niña,
afuera aguarda, ya vuelta
de su desmayo.

Juan. A mi vista
no se presente: no quiero
ya en mi casa recibirla.

Cecilia. Señor, la abandonareis?

Juan. El cielo no lo permita.
Que la quise, y ser mi esposa
debió, mi pecho no olvida.
Yo le perdono su error,
y jamas, mientras exista,
ha de faltarle mi amparo;
pero lejos de mí viva.

Ramon. Qué, ya no os casais con ella?

Juan. Otra esposa hallé mas digna.

Ramon. Otra esposa! Dónde está?
Quién es?

Juan. Cecilia.

Ramon. Cecilia!

Antonio. Mi hermana!

Juan. Sí, amigos míos.

Dios me concede esta dicha.

Antonio. Es posible? Qué contento!

Ramon. Estoy loco de alegría!

Esta sí que es buena boda.

Dame mil abrazos, hija.

Cecilia. Buen Ramon!

Ramon. Ya no seré
tu lazarillo.

Cecilia. Deliras?

Por qué?

Ramon. (Señalando á don Juan.)

Porque otro mejor
vas á tener.

Juan. (Tomándole la mano.)

Por la vida.

Cecilia.

Ah! si... Que él tan solo ya
le basta á la ciegucecita.
Si Dios mis ojos cerró
con eterna oscuridad,
de este brazo su bondad
el apoyo al fin me dió.
Mucho mas que me negó
asi concece á mi anhelo ;
y ya de hoy mas sin recelo ,
á un tiempo feliz y pura ,
con esta guia segura
iré camino del cielo.



ey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Gar-
 ga.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva.—
 ran capitán.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillermo
 lermo Tell.—Guzman el Bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, zar-
 os ultramarinos.
 i nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Herna-
 castellano.—Héroe por fuerza.—Heroísmo y virtud.—Higuamota.—Hija del ava-
 egente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—Hijo
 Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—Hom-
 ombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre
 bre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoraria.—Hon-
 .—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre propone.—Hija
 iones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Ga-
 y amor.—Intrigador para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la
 murió Napoleón.
 -Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan
 ran de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepe el Vero-
 Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.
 Carnaval.—Lázaro ó el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Lón-
 ngida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio
 .—Luis onceno.—Llueven bofetones.—La pasión y muerte de Jesus.—Los dos
 iza.—Luis y Luisito.
 -Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crimen.—
 ál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—
 bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa-
 de llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamueertos y el cruel.—Mateo, ó
 agnoletto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—
 ordinarias.—Mejor razón la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co-
 rias de un padre.—Mentir con noble intención.—Mercader flamenco.—Mi Dios
 yo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—
 Madrid.—Mi tío el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de
 edades de Hernán Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gaz-
 literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro de es-
 tro de baile.—Mancho, piso y quemó.—Mesa giratoria.—Martirios del cora-
 le tarde que nunca.—Matrimonio civil.
 el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por
 .—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem-
 s ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.—No hay vida mas que en Pa-
 verano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.—Noche de Villalar.
 noble aun con celos.—Ocasión por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el lau-
 a con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasión.
 arino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hi-
 la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de
 a.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pas-
 iza.—Pata de Cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.ª parte.—Pelo de
 parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—
 elona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de
 luelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pre-
 oeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por
 esplicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del ven-
 sa libre.—Primera lección de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primi-
 de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscrito.—Protestante.—Pruebas
 zugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godó.—Por derecho de conquista.—
 -Principio de un reinado.—Programa de Manzanares.
 re tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser
 nce años despues.—Quien á cuchillo mata.
 y la carta.—Redacción de un periódico.—Redoma encantada.—República con-
 monge.—Rey loco.—Rey sé divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—
 iberá ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las
 Roberto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la for-
 e.—Rueda de la fortuna, 2.ª parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retra-
 les.
 nuel.—Sancho Garcia.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—
 la duende.—Ser buen hijo y ser buen padre.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Simon Bo-
 npatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Sola-
 sionero.—Solitarios, zarzuela.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—

Sotillo.—Soto.—Solomayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si te pica, ráscate y vése el que pueda.—Soy yo, *zarzuela*.—Santiaguillo, *zarzuela*.—Sueños de amor.—Tanto valés cuanto tienes.—Tasso.—Téodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Tigre de Bengala.—Tío Marcelo.—Tío Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma Tootú jué groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juanza de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tutada.—Tutora.—Tomás el montañés.

Valeria.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero de un pechero.—Ventorrillo de Alfaraché.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con celos.—Vicente Paul, ó los espositos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verapariencias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Vuelta de Estanislao.—Valentín el guarda costas.—Ver para creer.—Victima de la carne.

Un alma de artista.—Un año y un día.—Un artista.—Un desafío.—Un día de campo de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su novio.—Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tío en Indias.—Una aventura los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tan y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Un no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuíta.—Un como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Última calaverada.—Una perla go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.—Un error frenológico no se qué.—Un drama de familia.—Un noble de nuevo cuño.—Un tenor, un gallego sante.—Zaida.—Zapatero y rey, 1.^a parte.—Zapatero y rey, 2.^a parte.

OBRAS.

- Figaro:** cuatro tomos en 8.^o marquilla con el retrato y biografía, 400 rs.
Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Astronomía de Arago: un tomo, 44.
Poesías de D. José Zorrilla: se venden coleccionadas y por tomos.
 — de D. José de Espronceda, con su retrato y biografía: un tomo.
 — de D. Tomás Rodríguez Rubí: un tomo, 40.
La Azucena silvestre por D. José Zorrilla: un tomo, 40.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pasaro, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.^o, 12.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 44.
Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre, un folleto, 4.

ESTA GALERÍA

- Consta de mas de 700 producciones, de las que se han formado:
 12 tomos del teatro antiguo español de Tirso de Molina.
 80 idem del moderno español.
 40 idem de idem estrangero.

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid en la librería de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta, Carretas.

Y en Provincias en las principales.

**RARE BOOK
COLLECTION**



**THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL**

PQ6217
.T44
v.222
n.1-10

